

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
TESIS DE LICENCIATURA

Ideología y Violencia Organizada en la Argentina
en los Años de la Guerra Fría

Alumno: Prof. Dalmiro Alonso

Registro: 18276

Director: Dr. Cristian Buchrucker

Mendoza, marzo de 2012

ÍNDICE GENERAL

Prólogo.....	3
Siglas y abreviaturas.....	5
Introducción.....	7
Capítulo 1: contexto histórico.....	11
Capítulo 2: el peronismo revolucionario.....	14
Capítulo 3: el peronismo ortodoxo.....	26
Capítulo 4: la postura conservadora.....	37
Conclusiones.....	49
Bibliografía y fuentes.....	55

PRÓLOGO:

Se ha escrito mucho sobre la historia de la violencia política en la Argentina de las décadas de 1960 y 1970, tanto por estudiosos nacionales como extranjeros, desde distintos ángulos de enfoque: la historia, la politología, el periodismo de investigación, la ensayística, etc. Algunos han centrado su atención en determinados aspectos (los procesos constitutivos de la violencia, las ideas políticas, la prensa, la militancia, los estudios de género, los Derechos Humanos, las vanguardias artísticas), sectores sociales (las Fuerzas Armadas, el movimiento obrero, el movimiento estudiantil) o determinadas organizaciones relevantes (las organizaciones armadas, los grupos paraestatales, la Iglesia). En el caso de este trabajo, se prestará especial atención a las conexiones entre la violencia organizada, las ideologías y el clima ideológico global de la guerra fría, tomando como principales fuentes los discursos de los actores y testigos de esa época.

Mi inserción en esta temática comenzó en setiembre de 2010, cuando fui seleccionado como becario de la Secretaría de Ciencia y Técnica de esta Facultad, en el marco del proyecto bienal 2009-2011 dirigido por el Dr. Cristian Buchrucker titulado “Ideología y Violencia Organizada en el Mundo Contemporáneo: estudio crítico de los bosquejos explicativos”. La labor desarrollada a partir de ese momento rindió sus frutos que se vieron materializados, primeramente, en mi participación en tres encuentros científicos, en uno de los cuales fui distinguido con un premio por una comisión evaluadora dentro de un certamen de investigadores jóvenes organizado por el Centro de Estudios Trasandinos y Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo, y, en segundo lugar, en esta tesis de licenciatura que recoge la totalidad de los resultados alcanzados hasta el momento.

Termino este breve prólogo agradeciendo a las instituciones y personas, a riesgo de cometer involuntarias e injustas omisiones, sin cuyo apoyo este trabajo no hubiera llegado a buen término: la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado (SCTyP) de la Universidad Nacional de Cuyo, el Instituto Multidisciplinario de Estudios Sociales Contemporáneos (IMESC) de la Facultad de Filosofía y Letras, y el Centro de Estudios Trasandinos y Latinoamericanos (CETyL) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, ambas de esta Universidad, y la Fundación Ecuménica de Cuyo. Finalmente, quiero mencionar a mi director, el Dr. Cristian Buchrucker, de quien recibí guía, ayuda y valiosas

críticas, al Dr. Martín Ferreyra, a la Dra. Julieta Dalla Torre, a la Dra. Eugenia Molina y mencionar el apoyo constante e invaluable que recibí de mi familia, compañeros de la carrera y de mi novia durante este trabajo.

Dalmiro Alonso

Mendoza, 2012

SIGLAS Y ABREVIATURAS:

AAA: Alianza Anticomunista Argentina

ALN: Alianza Libertadora Nacionalista

AE: Agrupación Evita

C de O: Comando de Organización

CGE: Confederación General Económica

CGT: Confederación General del Trabajo

CGTA: Confederación General del Trabajo de los Argentinos

CNU: Concentración Nacional Universitaria

CONINTES: Conmoción Interna del Estado

CR-JOP: Comando Revolucionario de la Juventud Obrera Peronista

EGP: Ejército Guerrillero del Pueblo

ERP: Ejército Revolucionario del Pueblo

FAL: Fuerzas Armadas de Liberación

FAP: Fuerzas Armadas Peronistas

FAR: Fuerzas Armadas Revolucionarias

FFAA: Fuerzas Armadas

FMI: Fondo Monetario Internacional

FREJULI: Frente Justicialista de Liberación

GAN: Gran Acuerdo Nacional

JP: Juventud Peronista

JPRA: Juventud Peronista de la República Argentina

JSP: Juventud Sindical Peronista

JTP: Juventud Trabajadora Peronista

JUP: Juventud Universitaria Peronista

MIP: Movimiento de Inquilinos Peronistas

MRP: Movimiento Revolucionario Peronista

MVP: Movimiento Villero Peronista

OLAS: Organización Latinoamericana de Solidaridad

PB: Peronismo de Base

PCR: Partido Comunista Revolucionario

PJ: Partido Justicialista

PRT: Partido Revolucionario de los Trabajadores

PST: Partido Socialista de los Trabajadores

UCR: Unión Cívica Radical

UES: Unión de Estudiantes Secundarios

UOM: Unión Obrera Metalúrgica

INTRODUCCIÓN:

La violencia organizada, en sus modalidades de guerra inter-estatal, guerra intra-estatal o asesinatos estatales masivos, ha constituido en los últimos 100-120 años la mayor de las amenazas para la vigencia de los derechos humanos y el desarrollo de los sistemas democráticos. A partir de 1955 la Argentina sufrió la génesis de una escalada de violencia organizada, protagonizada por las Fuerzas Armadas y por distintas organizaciones armadas no estatales, que en la década de 1970 había alcanzado niveles hasta entonces desconocidos para los argentinos. Esta problemática culminó con el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional de 1976-1983, y el subsiguiente asesinato estatal masivo, dejando en total, entre asesinatos y desapariciones forzadas a más de 13.000 víctimas, aunque los organismos de derechos humanos calculan una cifra que oscila entre las 20.000 y las 30.000 personas (Feierstein, 2009:18).¹ Los sectores que fueron blancos de la represión militar excedieron, además, a los miembros de grupos terroristas de la extrema derecha y la extrema izquierda, englobando una amplia gama ideológica de opositores y disconformes con el gobierno castrense. Muchos perjudicados, como los más de 500 hijos de militantes apropiados, desaparecidos, torturados o asesinados, difícilmente puedan llegar a pertenecer, incluso, a la categoría de “disidentes políticos”.

El objeto de estudio de este trabajo se centra básicamente en el análisis de las ideologías que jugaron un papel relevante en la vida política argentina en los años de las décadas de 1960 y 1970. Se ha optado por utilizar, entendiendo la multiplicidad de usos del término ideología, su acepción más amplia y neutra, como un:

Conjunto de ideas y de valores concerniente al orden político que tiene la función de guiar los comportamientos políticos colectivos, que deja para un posterior análisis la cuestión del rol de la ilusión y la distorsión. Para comenzar una investigación sin demasiados juicios “a priori” resulta conveniente este sentido amplio de ideología, esto es, como un sistema de ideas surgido de la

¹ “No hay coincidencias sobre el número total de detenidos desaparecidos. La CONADEP, que certificó en su momento algo menos de 9000 casos, aseguró que debieron ser muchos más; posteriormente, la Secretaría de Estado de Derechos Humanos, que continuó la investigación, elevó el número a 13.000. Los Juicios por la Verdad, desarrollados en la provincia de Buenos Aires, y los trabajos del Equipo de Antropología Forense ampliaron el conocimiento del tema. Entre las organizaciones de derechos humanos se habló de 30.000 víctimas, una cifra de fuerte valor simbólico, que obtuvo discusiones más precisas.” [ROMERO, 2007:59]

confrontación polémica con los grandes conflictos de la sociedad, cuya pretensión última es solucionarlos desde una posición de poder. (Buchrucker y Otros, 2010:68)

En los distintos casos de violencia organizada que se han dado a lo largo del tiempo y del espacio, el papel de las ideologías en la génesis, desarrollo y conclusión de los mismos ha sido siempre crucial, no como el único factor relevante para la interpretación histórica, pero sí como un factor imprescindible entre otros. Por ello, no tiene sentido ni resulta posible una historia “pura” de las ideas. A la comprensión de las ideologías sólo se puede llegar a través de la indagación de las relaciones entre los postulados de éstas y la realidad política, social y económica. En este sentido, se trata de evitar el gran riesgo de producir una dicotomía tajante entre discurso y realidad: ni la violencia fue producto de una serie de consignas revolucionarias sin anclaje en la realidad, ni fue el resultado inevitable de una estructura social dada. (Ollier, 1986:14)

A la hora de estudiar una ideología en particular surge el interrogante sobre la conveniencia de centrar el análisis en los sujetos que crean esa ideología y en sus acciones y decisiones o, por el contrario, en las operaciones discursivas de esos agentes. La propuesta de este trabajo se inclina por la importancia de ambos aspectos. Si nos limitáramos a estudiar, por ejemplo, al peronismo recurriendo tan solo a las definiciones hechas por el General Perón, el problema de su comprensión histórica sería irresoluble².

El trabajo ha consistido en la identificación, estudio, exposición y análisis de tres corrientes ideológicas relevantes para la temática que nos ocupa: el peronismo revolucionario, el peronismo ortodoxo y el conservadurismo. Definiendo así el objeto de estudio, es necesario hacer dos aclaraciones importantes.

En primer lugar, dados los criterios de análisis que serán tenidos en cuenta a la hora de desarrollar cada postura (ver más adelante), se ha optado por utilizar categorías necesariamente amplias, agrupando bajo rótulos abarcadores a distintos actores individuales y colectivos (grupos políticos, publicaciones y escritores) que no estaban privados de disidencias internas, pero cuya

² “No somos, de manera alguna, enemigos del capital, y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores” Juan Domingo Perón, 21 de octubre de 1946; “Es imposible la coexistencia pacífica entre las clases oprimidas y opresoras. Nos hemos planteado la tarea fundamental de triunfar sobre los explotadores, aun si ellos están infiltrados en nuestro propio movimiento político” Juan Domingo Perón, 20 de octubre de 1965. [En: GILLESPIE, 2008:31]

coincidencia en ciertos puntos clave nos permiten emparentarlos ideológicamente. En segundo lugar, entendiendo la existencia de otras corrientes ideológicas de sumo interés, pero que tuvieron menor capacidad de convocatoria (aunque la importancia de su presencia y de sus operativos queda fuera de toda duda), tales como las expuestas por organizaciones armadas no peronistas encabezadas por el E.R.P., su análisis desbordaría las pretensiones analíticas de esta investigación. Queda pues, para un posterior proyecto el estudio de otras ideologías que también estuvieron presentes en el contexto estudiado.

Se han tomado, específicamente dos hipótesis de trabajo: en primer lugar, que la interpretación del modo de conflicto de los actores y testigos estudiados estuvo fuertemente influenciada por el clima ideológico global de la Guerra Fría. En segundo lugar, que la violencia organizada estuvo condicionada por las circunstancias específicas de las crisis de esa época en la Argentina.

La metodología elegida para el abordaje del objeto de estudio ha sido la del análisis crítico del discurso político producido por los propios actores y testigos que tuvieron relevancia en esa época. Existen ya hace varios años numerosas compilaciones documentales que incluyen discursos, correspondencia, documentos reservados, volantes y secciones destacadas de la prensa política. Más novedosa resulta la proliferación de sitios de internet dedicados al escaneo íntegro de hemerotecas políticas de la época, que dejan a disposición del público interesado una importante cantidad de valiosas fuentes para este tipo de estudios. A estas fuentes cabe añadir numerosas publicaciones producidas y editadas años después de los sucesos armados que nos interesan, pero escritas en forma de memorias por autores que fueron participantes o testigos destacados. Los autores de dichas obras han dejado a menudo las indelebles (aunque comprensibles) huellas de la ira y la intención heredadas de una época de fuerte turbulencia social.

Para el análisis de este material, se han tenido en cuenta prioritariamente como criterios de análisis la identificación que los gestores, analistas y testigos de la violencia organizada realizaron, en primer lugar, de los actores políticos y sociales considerados relevantes, tanto en los planos locales como globales. En este punto, especial atención merece la noción del “enemigo”, ubicado a menudo entre la realidad y la construcción ideológica. En segundo lugar, se analizarán los condicionamientos estructurales básicos, en los subsistemas político, ideológico y económico, que cada postura entendía como facilitadores, generadores o determinantes de la violencia.

Para el análisis documental, también será fundamental el apoyo de la bibliografía específica del tema. Se ha escrito mucho sobre la temática de la violencia política en la historia argentina reciente, aunque la investigación académica y, específicamente la histórica, es incipiente, mientras que la investigación periodística ha avanzado más rápidamente, de modo que su inclusión resulta imprescindible. (Romero, 2007:2)

La obra está organizada en cuatro capítulos. Mientras que el primero se ocupará de describir en líneas generales y sin pretensiones de exhaustividad al contexto histórico desde el derrocamiento de Perón, en 1955, hasta el golpe cívico-militar de 1976, los capítulos 2, 3 y 4 estarán destinados a la exposición de las tres corrientes ideológicas anunciadas más arriba. Finalmente, en las conclusiones se retomarán las hipótesis expuestas en esta introducción para confrontarlas con los datos más significativos desarrollados durante la investigación.

Capítulo 1:

CONTEXTO HISTÓRICO:

En el plano internacional, el período histórico que inicia en 1945 y termina en 1991, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, ha sido denominado como la etapa de la Guerra Fría, caracterizada por la tensión y el enfrentamiento global de los bloques capitalista y comunista, liderados respectivamente por los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Estos enfrentamientos se dieron en los planos político, económico, estratégico-armamentístico, cultural, etc., sin llegar a la guerra directa (si bien ésta fue tolerada en el ámbito de la periferia, como los casos de Corea, Vietnam y Afganistán) y con distintos niveles de tensión y distensión a lo largo del período. La Argentina no fue ajena a los efectos de este marco global, que a menudo caracterizaba los conflictos sociales o políticos locales como enraizados en un proceso de alcance planetario.

En el plano nacional, el espacio temporal que concierne a este trabajo se circunscribe aproximadamente a los años de las décadas de 1960 y 1970. Este período histórico se abre con una problemática fundamental que es la del peronismo proscripto a partir de 1955 por la autoproclamada Revolución Libertadora que había truncado la experiencia justicialista de 1946-1955. El Decreto Ley 4161 de marzo de 1956 establecía que:

Considerando: que en su existencia política, el Partido Peronista ofende el sentimiento democrático del pueblo argentino [...] queda prohibida en todo el territorio de la Nación: a) la utilización de propaganda peronista [...] b) La utilización de imágenes, símbolos y signos creados o por crearse que pudieran ser tenidos por alguien con los fines establecidos en el inciso anterior.³

La proscripción sistemática del peronismo cerraba el camino del retorno de éste al gobierno por vías electorales. Más allá de las distintas estrategias empleadas por los gobiernos que se sucedieron entre 1955 y 1973, que oscilaron desde la prohibición absoluta a los intentos de integración, el peronismo quedaría formalmente excluido de la escena política legal argentina, lo

³ En: JAURETCHE, 1997:89

cual acumuló una masa de agravios en un sector de la población muy amplio⁴ y descartó a la democracia del repertorio de opciones de quienes, tiempo después, se embarcarían en una experiencia inédita de transformación social. En este marco de proscripción, de la mano de gobiernos dictatoriales o semi-democráticos (por ser electos con la exclusión del partido mayoritario), que dura hasta la tercera presidencia de Perón de 1973, el peronismo articuló distintas estrategias para enfrentarse al sistema que le negaba existencia: la insurrección popular o Resistencia, los intentos de golpes conducidos por militares peronistas (generales Valle en 1956 e Iñiguez en 1960), el sabotaje electoral a través del voto en blanco en masa, la presión del movimiento obrero con sus planes de lucha (huelgas, tomas de fábricas) y el accionar, hacia finales de la década de 1960 de las organizaciones armadas (no solamente peronistas) que buscaban la derrota de la dictadura en términos militares.

Las actividades de la resistencia peronista fueron tempranamente interpretadas por los militares argentinos y demás ideólogos de la Tercera Guerra Mundial como episodios de una gran confrontación entre “Occidente” y la “subversión internacional”. La lucha contra el enemigo interno difuminó peligrosamente la línea divisoria entre la defensa nacional y el gobierno. La experiencia dictatorial de la autodenominada “Revolución Argentina” que se abriría en 1966 puede, en buena parte, ser entendida como la cristalización política de aquellos temores. Los generales no se comprometieron a restaurar el gobierno civil lo antes posible, sino que declararon la necesidad de la transformación del sistema.

El marco económico estuvo signado por una serie de altibajos que ataron a la Argentina a los dictados de las empresas transnacionales y del F.M.I. Las inversiones norteamericanas aumentaron considerablemente durante los años sesenta. En este proceso algunas empresas argentinas fueron “desnacionalizadas”. Las nuevas empresas eran muy intensivas en capital y no producían suficientes puestos de trabajo para mantener un nivel de empleo tolerable. (Cockroft, 2001:667)

En 1973, el fracaso del proyecto de las Fuerzas Armadas y de la “Revolución Argentina”, signado por los fenómenos sociales contestatarios a gran escala (Cordobazo, Rosariazo, Viborazo, etc.), la actividad de los grupos guerrilleros (asesinatos de Vandor y Aramburu, copamientos de La

⁴ En las elecciones parlamentarias de 1957, en las que Perón ordenó desde el exilio a sus partidarios votar en blanco, ningún partido logró superar al “votoblanquismo” que logró el 25%.

Calera y Garín, etc.) y la presión de los partidos políticos (organizados en “La Hora del Pueblo” y “El Encuentro de los Argentinos”), determinó la salida electoral con la participación y victoria del peronismo al frente del FREJULI. Esta nueva experiencia democrática estuvo caracterizada por la continuidad de las organizaciones guerrilleras, el recrudecimiento de la lucha entre las alas izquierda y derecha del peronismo, y la inestabilidad económica e institucional, que finalmente resultaron en un nuevo golpe militar.

Capítulo 2:

EL PERONISMO REVOLUCIONARIO:

“Es que los combatientes del pueblo no hemos elegido la violencia: simplemente hemos decidido dejar de padecerla [...] De nuestro enemigo es la culpa de que tengamos que matar para ser libres.”⁵

En la Argentina de los años sesenta, el proceso de radicalización política había dividido a los peronistas, al igual que al resto del espectro político, entre izquierda y derecha. A grandes rasgos puede decirse que por un lado se fue conformando un difuso y heterogéneo frente partidario de la revolución y por el otro un frente de carácter contrarrevolucionario. Ya en el año 1964 surgiría del seno de la Juventud Peronista un núcleo liderado por uno de sus dirigentes, Gustavo Rearte, que fundaría el Movimiento Revolucionario Peronista (M.R.P.) proclamando:

Que el régimen en descomposición ha cerrado todos los caminos al pueblo, apoyado en la violencia y la represión y haciendo del fraude y la proscripción de las mayorías populares su “sistema de gobierno”. Condenada históricamente, la reacción ha escogido la forma en que habrá de ser destruida. A la violencia responderemos con la violencia, y como dijo Perón: “Por cada uno de los militantes del pueblo que caigan caerán cinco de los de ellos”. Nuestro pueblo sabrá recoger la tradición de las montoneras gauchas y responder golpe por golpe a la reacción con sus mismas armas. De hoy en adelante sabremos utilizar la lucha armada como método supremo de la acción política.⁶

Estos grupos, más combativos e intransigentes con los gobiernos que siguieron a la Revolución Libertadora, construyeron un peronismo ideológicamente actualizado, influido por la figura de John W. Cooke, probablemente el autor más leído después de Perón, y por el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, el sector radicalizado de la Iglesia creado en 1967. Algunos de los indicadores más importantes de la evolución ideológica experimentada por este sector fueron los

⁵ Comunicado de las F.A.R. en julio de 1970, tras el copamiento de Garín. En: BASCHETTI, 2004:82

⁶ En: BASCHETTI, 1988:160.

programas de La Falda (1957), Huerta Grande (1962) y el del 1° de Mayo de 1968, carta fundacional de la C.G.T. de los Argentinos. Desilusionados de la capacidad de los partidos tradicionales para generar cambios y magnetizados con la Revolución Cubana de 1959, entendían al peronismo como un Movimiento de Liberación Nacional que podía llevar a la Argentina hacia un “socialismo nacional” por la vía armada, como una versión argentina de las experiencias como las de Cuba, Argelia o Vietnam. Estas creencias eran alimentadas por el mito aglutinante entre la izquierda peronista de que había en realidad un “verdadero Perón”, que era el Perón revolucionario que alentaba a sus “formaciones especiales”. La verdadera naturaleza del viejo líder estaría acorralada por el círculo de burócratas y traidores que le rodeaban.

La guerrilla urbana, luego de algunas experiencias fracasadas en zonas rurales durante los comienzos de la década de los sesenta⁷, apareció consolidada a principios de 1970. A finales de mayo, los Montoneros, la más importante organización armada peronista, hizo su aparición pública con el secuestro y asesinato del ex presidente y símbolo de la Revolución Libertadora, Pedro Eugenio Aramburu. Durante los meses siguientes las acciones de la guerrilla fueron tomando dimensiones significativas. Habían aparecido tres grupos armados de filiación peronista: las Fuerzas Armadas Peronistas (F.A.P.), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (F.A.R.), originariamente guevaristas, y los Montoneros, que, junto con el E.R.P., llegaron a ser el más importante partido armado de la Argentina.

Estos grupos armados no eran homogéneos, sino que estaban divididos en “movimentistas” y “clasistas”. Los primeros, entre los que se encontraban los Montoneros, consideraban que el movimiento peronista era revolucionario en su conjunto. Más allá de los diálogos con el marxismo, perduraron con fuerza en los movimentistas la fe en un movimiento revolucionario policlasista, que incluyera a sectores de la burguesía nacional (y hasta una supuesta ala progresista del Ejército), y el carácter nacionalista, que subordinaba los análisis clasistas a la “cuestión nacional”. El ala clasista, por el contrario, creía que dentro del vasto movimiento solamente la clase obrera tenía un verdadero potencial revolucionario para la construcción del socialismo. Su postura fue por ellos denominada como la “alternativa independiente”, un peronismo de los trabajadores con el socialismo como meta

⁷ En las provincias de Tucumán y Santiago del Estero se inició el movimiento guerrillero conocido como Uturuncos. Entretanto, más allá del peronismo, las tesis de la Revolución Cubana y de la necesidad de la lucha armada convencieron a la facción de Ángel Bengochea, Palabra Obrera, y al Ejército Guerrillero del Pueblo (E.G.P.) de Jorge Ricardo Masetti en Salta durante 1963-1964.

(Duhalde y Pérez, 2001:20), la que los llevaba a realizar una fuerte crítica a las estructuras políticas y gremiales del peronismo, a tener una mayor independencia respecto a las directivas oficiales y una postura crítica respecto a la salida electoral y al FREJULI. Los más claros exponentes del alternativismo fueron las F.A.P. y el Peronismo de Base.

Perón autorizó a la guerra revolucionaria desde su exilio en Madrid y elogió sin reservas a sus “formaciones especiales”. El viejo líder, cuya política estaba destinada a adquirir el más amplio apoyo político y social, respaldaba a las facciones más “rebeldes” sobre todo cuando un grupo dominante amenazaba con alcanzar demasiada independencia (Gillespie, 2008:80). Perón consiguió así evitar hasta 1974 la perjudicial pérdida de los sectores de la izquierda peronista.

La popularidad de la izquierda peronista, especialmente la de Montoneros, aumentó considerablemente en vísperas de las elecciones de marzo de 1973. Si bien la lucha armada no fue totalmente abandonada, sino que se mantuvo como elemento de presión sobre la dictadura, los Montoneros desecharon la tesis de que al peronismo nunca se le permitiría presentarse a elecciones limpias y se volcaron a la actividad política de masas, llegando a movilizar a decenas de miles de personas.⁸ Sin embargo, su verdadera fuerza organizativa no logró nunca anclarse con fuerza en los ámbitos sindicales y de las bases (Gillespie, 2008:195).

A un año de la victoria democrática el aislamiento de las organizaciones armadas peronistas comenzó a perfilarse en la escena política. La izquierda peronista vio declinar su presencia en el Congreso Nacional, en los gobiernos provinciales y en la administración de las universidades. Sus órganos de prensa también se vieron enfrentados a las clausuras por decreto. Paralelamente, comenzaron a sufrir los feroces ataques de la Triple A, intensificados a medida que aumentaba la influencia en el gobierno de José López Rega. El 11 de marzo de 1974, Firmenich declaró ante 50.000 personas reunidas en el estadio de Atlanta que el proceso de liberación había sido tergiversado y traicionado por los traidores del Movimiento. Para reencauzar el proceso, el líder montonero insistió en la necesidad de la desaparición del Pacto Social y en la recuperación del gobierno para el pueblo y para Perón.⁹ La ruptura con el líder tuvo lugar en el acto del 1° de Mayo

⁸ Desde 1973 los Montoneros crearon una serie de organizaciones de masas adaptadas a cada uno de los movimientos sociales más importantes. A la JP (regionales) se le sumaron la Juventud Universitaria Peronista, la Juventud Trabajadora Peronista, la Unión de Estudiantes Secundarios, el Movimiento de Villeros Peronistas, la Agrupación Evita de la rama femenina y el Movimiento de Inquilinos Peronistas

⁹ En: BASCHETTI, 1996:557-566

de 1974, cuando la Tendencia respondió al discurso de Perón abandonando Plaza de Mayo. El 6 de septiembre de 1974, tras haber declarado la guerra a un gobierno considerado ni popular ni peronista, los Montoneros volvieron a la clandestinidad. En esta nueva etapa se definieron en “retirada estratégica y resistencia”, lo que consistía en: “apartarse de posiciones geográficas, políticas, militares y sociales que han sido ocupadas anteriormente, durante la etapa de ofensiva popular, hacia los espacios que son inaccesibles y poco favorables para el enemigo, que constituyen la retaguardia geográfica, militar y social del pueblo, desde donde puede prepararse la contraofensiva”.¹⁰

La práctica de la guerrilla urbana, al principio considerada sólo un medio, provocó una completa militarización de las organizaciones armadas peronistas. Desde finales de agosto de 1975, comenzaron a efectuarse ataques de importancia contra las FFAA. En octubre atacaron la guarnición del Regimiento 29 de Infantería de Monte, en la provincia de Formosa. Casi todos los partidos políticos condenaron aquella acción. La organización Montoneros y el Partido Auténtico fueron declarados ilegales por el gobierno en septiembre y diciembre de ese año respectivamente. La guerrilla peronista se vio desligada de los actores y circunstancias que le habían dado origen y justificación a los ojos de no pocos observadores.¹¹ Ésta comenzó a alimentarse cada vez menos del entorno social que la rodeaba, desarrollando una lógica propia (Ollier, 1986:74-75)

A pesar de la resonancia que tuvieron los últimos atentados de los Montoneros, su capacidad de lucha agonizaba en los momentos previos al golpe. Las actividades de la guerrilla urbana habían involucionado en terrorismo básico. El mando rígidamente jerárquico de la organización resultó ser altamente vulnerable ante la penetración de la SIDE y del Ejército en sus niveles superiores.¹² En 1979, Firmenich, desde el exilio, envió de vuelta a la Argentina a más de cien montoneros exiliados en Ciudad de México, en Roma, en Lima y en otros lugares. La

¹⁰ En: BASCHETTI, 1999:397

¹¹ Una encuesta realizada a principios de 1971 mostraba que en Buenos Aires, Rosario y Córdoba el 49% de los que contestaban afirmaban su apoyo a las guerrillas (En: ANDERSEN, 1993:98)

¹² Las investigaciones periodísticas de Martin Andersen sostienen que el líder montonero, Mario Firmenich, estuvo trabajando para el Ejército, como agente del Batallón 601 de Inteligencia, desde principios de los años setenta (ANDERSEN, 1993, 2000). En una entrevista periodística, Guillermo Martínez Agüero, cuñado de Firmenich rechazó esa teoría expresando: “Comprobado que ese autor es un agente de la CIA. Elemento que siempre utilizaron los servicios de inteligencia para destruir a las fuerzas populares, lo que ellos llaman, ‘trabajo por líneas interiores’. La historia ha demostrado que es una de las tantas mentiras que el imperialismo yanqui ha manejado siempre como sustento en su guerra contra los pueblos”. (www.mdzol.com, 14-09-2010)

“contraofensiva” contra el régimen militar resultó un desastre al ser la mayoría de los militantes atrapados en la frontera. Muchos fueron asesinados o se suicidaron para evitar ser capturados.

Actores políticos y sociales relevantes:

A través de la interpretación de la realidad económica, política y cultural presente en los discursos, la prensa política y documentos provenientes del peronismo revolucionario se aprecia la presencia de una contradicción fundamental en el análisis del plano de los actores internacionales, que ya había sido planteada por el revisionismo nacionalista de los años treinta: la oposición Imperio-Nación. El antiimperialismo era el punto de partida, desde esta postura, para el examen de los enemigos y problemas sociales de la época. Reduciendo la escala de análisis al ámbito doméstico, se aprecia una segunda contradicción fundamental: la oposición Régimen-Pueblo.

Ya a principios del siglo pasado, políticos e intelectuales de peso en la izquierda del espectro ideológico, como Rosa Luxemburgo, interpretaban al imperialismo como un fenómeno económico propio del desarrollo de la estructura capitalista de producción. Los Estados capitalistas más desarrollados entraban en lucha por conquistar las regiones no capitalistas del mundo para dar solución a variadas problemáticas domésticas: el aumento demográfico, la necesidad de materias primas o de nuevos mercados para dar salida a la producción industrial, la búsqueda de bases de importancia estratégica y militar, etc. Luego de la Segunda Guerra Mundial, parecía cobrar veracidad aquella hipótesis formulada por Kautsky, que sostenía que las principales potencias capitalistas podrían formar una especie de cartel, evitando la guerra entre ellas y limitando esta actividad a regiones periféricas (Moniz Bandeira, 2007:18)

En la Argentina, así como en el resto de América Latina, no había podido consolidarse el modelo de dominación imperial directo, como en la mayor parte de Asia y África. Por el contrario, aquí se había optado por una dominación indirecta, más permisiva, pero también más económica por no tener que mantener ni una burocracia ni un ejército de ocupación. Fue después de la Segunda Guerra Mundial cuando se habría consolidado en la región latinoamericana el imperialismo estadounidense en reemplazo de la ya decadente metrópoli británica, tendencia que se venía

dibujando por lo menos desde 1914. En la Argentina, el imperialismo estadounidense se había topado con el serio obstáculo de la presencia del peronismo en el poder, interpretado como Movimiento de Liberación Nacional, desde 1946, que había abierto un paréntesis de independencia históricamente inédito. Esta experiencia se rompería en 1955, con la Revolución Libertadora y el derrocamiento de Perón, abriendo paso a un proceso de “recolonización”, en el que los Estados Unidos volvían a optar por los medios indirectos para la dominación de la Nación: impulsión de golpes de Estado, radicación de capitales, promoción de industrias clave, incorporación al F.M.I. y al Banco Mundial, etc., paquete de medidas que se veía facilitado por la alianza del imperialismo con las fuerzas del Régimen dentro de la Argentina. Tal y como lo describía un documento enviado al Congreso de Córdoba en enero de 1969:

La estrategia colonialista dispone hoy de más medios de los que dispuso a principios del siglo de la “diplomacia de la cañonera”: la propaganda orquestada por medio de las agencias noticiosas de prensa, subsidiadas por los gobiernos de las grandes potencias a las que pertenecen; las series de televisión y la cinematografía, con vistas a lograr una política de prestigio del imperialismo yanqui, distraendo a las masas de sus objetivos políticos de clase; las ofertas de capitales, mediante inversiones directas, créditos o empréstitos (siempre que el país que los reciba se entregue al imperialismo) u otros medios de control económico; la guerra convencional descarada y abierta (desembarco de “marines”) contra los países subdesarrollados que denuncian el “pacto colonial”.¹³

Durante los primeros años de la década de 1970, y sobre todo a partir de 1973, la izquierda peronista advirtió un giro en la política estadounidense en América del Sur. A excepción de la Argentina, desde Colombia hacia el sur todo el continente se convirtió en un baluarte de regímenes militares, en su mayoría de fuerte carácter derechista. Con el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en Chile se interpretaba que el imperialismo estaba tendiendo un cerco sobre la Argentina para derrocar posteriormente al nuevo gobierno popular:

[el imperialismo] parte de considerar que el proceso argentino puede ser el proceso madre para que se dé vuelta la situación geopolítica internacional. Teníamos la situación de Chile, la de Perú, la de Panamá, la de Cuba pre-existente, y si se consolidaba un régimen popular en Argentina, un régimen antiimperialista, eso posibilitaba la formación de un frente antiimperialista más o menos fuerte que tendiera a cambiar la situación estratégica y geopolítica sudamericana.

¹³ En: BASCHETTI, 1988:320

En consecuencia, la estrategia del imperialismo, se centra en el elemento determinante o fundamental, en el enemigo que puede dar vuelta el proceso, ese enemigo es la Argentina, el proceso argentino.

[...] y el imperialismo le montó un cerco a la Argentina, un cerco en el golpe del Uruguay, consolidando las dictaduras de Paraguay y de Bolivia, a través de su satélite subimperialista que es Brasil, y luego derroca a Allende. Un cerco que es así como un jaque doble, ya que al golpear a Allende también queda cercado el Perú, que tiene como límites a Chile, Bolivia, Brasil y Ecuador.¹⁴

Finalmente, en un informe del Consejo Nacional de Montoneros, de abril de 1975, se analiza que los Estados Unidos optarán por una política de promover el enfrentamiento entre países limítrofes de América Latina, apoyando a aquellos que se encuentren bajo gobiernos reaccionarios para abortar los procesos de liberación nacional.¹⁵

Pasando al plano de los actores nacionales, la pertenencia de estos a la tajante categoría de Régimen o Pueblo, depende ante todo de su postura ante la problemática anterior de la antinomia Imperio-Nación. En una visión con total ausencia de espacios grises, se construye una división de la sociedad en dos campos absolutamente antagónicos e inconciliables entre sí: el Régimen responde a la lógica del Imperio, mientras que el Pueblo defiende los intereses de la Nación. Esta contradicción a nivel nacional entre Régimen y Pueblo se entendía también (e indistintamente al identificar a priori al Pueblo con el peronismo) con la antinomia peronismo-antiperonismo que operaba en la sociedad argentina desde antes de 1955. Los sacerdotes del tercer mundo, uno de los elementos fundamentales en la radicalización del peronismo de izquierda expresaban en 1971:

Nadie puede negar que en la Argentina de un modo concreto, viviente, entendido por todo el mundo, el afrontamiento de pueblo y antipueblo, minoría privilegiada y mayoría desposeída, clase dominante y clase revolucionaria, se ha manifestado concretamente en el afrontamiento peronismo y antiperonismo.

Esto se ratifica cuando comprobamos que el dilema concreto está en asumir uno de los dos polos. Delante del conflicto peronismo-antiperonismo no se puede ser neutral.¹⁶

Los mensajes de público destinatario provenientes de la tendencia peronista de carácter movimentista se cuidaban en general de apelar a un público limitado por su clase social. Por el contrario, a diferencia de otras organizaciones de izquierda (E.R.P., P.C.R., P.S.T.), el peronismo

¹⁴ En: BASCHETTI, 1996:265-266

¹⁵ En: BASCHETTI, 1999:430

¹⁶ En: HILB y LUTZKY, 1984:42

revolucionario apunta su discurso al pueblo antes que a la clase, a resolver la antinomia peronismo-antiperonismo antes que la de burguesía-oligarquía (Ollier, 1986:38). Esta última opción estaba de alguna manera vetada para muchos miembros de la organización Montoneros, dada su composición de clase que hizo inviable una orientación clasista que implicara una comprometida participación en las luchas obreras (Gillespie, 2008:130)

El pueblo puede entenderse como la comunidad de hombres que sufre la explotación imperialista a través de la oligarquía y sus personeros, y lucha contra ella. Son la clase obrera, los desocupados, peones rurales, pequeñas burguesías asalariadas independientes, etc. Las dos características fundamentales del pueblo en el imaginario de la izquierda peronista eran su homogeneidad y su vocación revolucionaria. Los Montoneros, promoviendo el aspecto guerrillero dentro del proceso revolucionario, aspiraban a convertirse la vanguardia de ese pueblo. La clase obrera era entendida como la columna vertebral del pueblo, que por su modo de participar en el proceso de producción y su relación frente a la propiedad de los medios, sería la más interesada en la liberación nacional para la construcción del socialismo. Su fortaleza radica, cuantitativamente, en su número y, cualitativamente, en su experiencia histórica peronista.

Frente al pueblo se sitúa su enemigo antagónico: el conjunto de sectores funcionales al imperialismo agrupados bajo la nomenclatura de “Régimen”. En este espacio conviven la oligarquía, las Fuerzas Armadas, la alta jerarquía eclesiástica y el “integracionismo”.

La oligarquía es el sector minoritario, no productivo, usufructuario de la riqueza producida por los trabajadores, con acceso a todo lo que les es negado a las mayorías. Su proyecto nacional es el de lograr un desarrollo económico con la participación de capitales extranjeros, o sea condicionado y dependiente de los monopolios internacionales, para convertirse en una metrópoli subsidiaria del imperialismo norteamericano. Sus intereses comunes con el imperialismo determinan la imposibilidad de conseguir la liberación sin su previa destrucción y la de sus instituciones.

Las Fuerzas Armadas eran interpretadas como el sostén armado de la oligarquía y como “fuerza de ocupación” del imperialismo. En 1955-1956 sufrieron una fuerte purga, perdiendo sus elementos funcionales al pueblo. Posteriormente adoptarían la Doctrina de la Seguridad Nacional que priorizaba la lucha contra el enemigo interno: los movimientos de liberación nacional (“la subversión”). Ante la evolución de las luchas del pueblo (aparición de las organizaciones armadas),

refinan sus técnicas: apoyan el Gran Acuerdo Nacional (GAN) entre la oligarquía, la partidocracia liberal y la burocracia política y sindical del peronismo. Establece dos vías de acción paralela: elecciones para acuerdistas y represión para combativos.

La alta jerarquía eclesiástica había apoyado tibiamente el proyecto peronista hasta 1951 aproximadamente, momento en que es captada por la contraofensiva imperial para unirse a las fuerzas de la oposición. Aislada de la esfera del dolor y la lucha del pueblo, no responde a los problemas humanos concretos, convive con el sistema, domesticada y servil con los poderosos. Cumple un papel destacado en la tarea de domesticación cultural de las masas en un intento por detener la evolución de su conciencia de lucha. Con pocas excepciones, la jerarquía católica había hecho oídos sordos a las proclamaciones *Pacem in terris* (Juan XXIII), que reconocía la creciente participación de los clérigos en la reforma social y económica, y a la encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI, que denunciaba la desigualdad, el materialismo y el egoísmo de las naciones ricas.

El integracionismo se conformaba con sectores de la dirigencia política y gremial que estaban formalmente dentro del movimiento peronista, pero que no le eran afines en la práctica, sino que operaban según la lógica del imperialismo y de sus intereses personales. Para John W. Cooke, la gran contradicción del Movimiento era la existencia de un jefe revolucionario y un pueblo revolucionario conviviendo con cuadros intermedios “burocráticos y “reformistas”¹⁷. El proyecto de estos sectores era, viendo la fortaleza del movimiento peronista y la imposibilidad de su destrucción, el de integrarlo al campo del Régimen, negando su carácter revolucionario y convirtiéndolo en otro partido burgués. La prioridad de la eliminación de este enemigo interno, era demostrativa de la prioridad de mantener la “coherencia” de los dos campos antagónicos en los que se dividía la sociedad argentina. Entonces, ese enemigo interno tiene en realidad su origen en el campo del enemigo externo, penetrando el campo popular para sabotearlo (Hilb y Lutzky, 1984:46). Los asesinatos de los “burócratas sindicales” respondían a este razonamiento.

Al momento de la contrarrevolución de 1955, los dirigentes sindicales huyeron o se pusieron al amparo de los militares, mientras que el sindicalismo combativo fue perseguido. Con la reconquista, en 1958, de los sindicatos (Frondizi: ley 14.445 de asociaciones profesionales), la

¹⁷ En: BASCHETTI, 1988:105

burocracia decidió postergar la lucha por el retorno de Perón hasta “afianzarse en las estructuras sindicales”, la lucha por la reconquista del poder se postergó en aras del mantenimiento de la legalidad sindical reconquistada. Durante la década del sesenta el integracionismo o “burocracia sindical” estuvo capitaneado por la figura del líder de la C.G.T., Augusto T. Vandor. Este sindicalista intentó llevar a cabo el proyecto de un “peronismo sin Perón”, y se opuso directamente al líder exiliado al sabotear el “Operativo Retorno” y al competir con él en las elecciones gubernamentales de Mendoza, en abril de 1966. Durante la dictadura de Onganía, los líderes sindicales estuvieron totalmente dispuestos a negociar y a llegar a un entendimiento con los militares. A partir del triunfo en las urnas de marzo de 1973, el sector integracionista lanzó una violenta ofensiva contra los sectores combativos del movimiento, que se cristalizaría, ante todo, en los acontecimientos de Ezeiza, la renuncia del presidente Cámpora, el accionar de la Triple A, y el desplazamiento de los elementos de la izquierda peronista de la escena política.

Sin embargo, un gran número de trabajadores seguía dispuesto a tolerar a los líderes sindicales, incluso a los corruptos y enriquecidos, mientras consiguieran de vez en cuando beneficios económicos y sociales para sus afiliados. Los Montoneros se confundieron en su visión del movimiento obrero al equiparar los altos niveles de militancia de los trabajadores (que sí existían) con el radicalismo político de las bases que era considerablemente menor (Gillespie, 2008:265-266).

Conflictos estructurales básicos:

Proscripción política:

A partir del derrocamiento de Perón en 1955 hasta la asunción de Cámpora en 1973, la larga proscripción política en la Argentina despertó en vastos sectores la idea de la imposibilidad de una verdadera participación política por vías legales. El 30-11-1955 entró en vigencia el Decreto 4161 que ilegalizaba al peronismo, su partido, organizaciones, símbolos, etc. Desde entonces la política argentina se caracterizaría por una inestable sucesión de dictaduras militares y de gobiernos

ilegítimos de fachada democrática, electos durante la proscripción del peronismo. Juan Manuel Abal Medina explicaba en una entrevista sobre la política en tiempos de la dictadura de Onganía:

[pude conocer] la imposibilidad de modificar por métodos pacíficos, por medio exclusivamente de la conversación, del diálogo, un esquema muy cerrado de poder que excluía necesariamente al pueblo y al pueblo peronista en primer término. Me parecía natural que el peronismo realizara acciones de resistencia más... definidas frente a esta exclusión, que iba a continuar y hubiera continuado indefinidamente si no se la hubiera enfrentado en este otro terreno.¹⁸

Estructura económica dependiente:

Partiendo del materialismo histórico, no como ideología pero sí como una herramienta para analizar la realidad, se entiende que el sistema económico capitalista y la propiedad privada de los medios de producción determinan la modalidad de las relaciones de producción como de explotadores y explotados. Dentro del sistema de explotación capitalista, la Argentina juega el papel de país dependiente. La dependencia se manifiesta de dos formas: dependencia de la Argentina respecto a Estados Unidos y dependencia del interior respecto a Buenos Aires.

El peronismo revolucionario consideraba que en la Argentina ya se estaba dando un proceso de concientización de las clases explotadas acerca de esta realidad. Las medidas tomadas durante el período 1955-1973 explicarían en buena parte ese proceso de concientización: la anulación de las conquistas sociales ganadas de la mano del peronismo, la intervención de las organizaciones sindicales y el deterioro del nivel de vida. Especial atención merece lo que en los escritos del peronismo revolucionario es explicado como una fuerte pauperización de la clase media como consecuencia de las medidas económicas de Krieger Vasena y la Revolución Argentina, cuyo proyecto fue interpretado como un intento de consolidar la hegemonía de los grandes monopolios industriales y financieros asociados al capital extranjero, a expensas de la burguesía rural y de los sectores populares. El cenit de este proceso habría sido alcanzado a finales de los años sesenta, dado el recrudescimiento de la protesta social, simbolizada ante todo con el “Cordobazo” de 1969. Este episodio fue interpretado como un “mandato del pueblo” que le otorgaba su misión histórica a las organizaciones armadas.

¹⁸ En: JAURETCHE, 1998:139

El peronismo revolucionario se autopercibió como parte pero, al mismo tiempo, como el más legítimo intérprete de aquellas protestas sociales y de lo que ellas significaban. Claudia Hilb señala la coincidencia de los procesos de autolegitimación por referencia a una esencia (el Pueblo, la Patria) que fueron practicados, tanto por la Nueva Izquierda como por el autoritarismo (Hilb y Lutzky, 1984:33). En una obra publicada en 1997, el ex miembro de Montoneros, Ernesto Jauretche se lamentaba de que el cenit del poder de las organizaciones armadas (antes de la renuncia de Cámpora) no haya coincidido con el “máximo punto de conciencia y organización de la lucha para el campo popular”, que fue el Rodrigazo y la huelga que le siguió (Jauretche, 1997:35-36).¹⁹

Represión y martirio:

Ante los legítimos intentos de resistencia del pueblo, el Régimen ha respondido con una represión desmesurada. La cadena de actos represivos fue tempranamente inaugurada en junio de 1956, con el fusilamiento del grupo de militares dirigidos por el General Valle que se habían pronunciado en contra de la Revolución Libertadora. Se comprendía la existencia de mártires “caídos en combate”, pero no los asesinatos y torturas a prisioneros o compañeros que se rindieran, los cuales debería resarcir la “justicia del pueblo”. Los fusilamientos de 1956, el Plan Conintes de 1959, los episodios de Trelew en 1972 y la masacre de Ezeiza en 1973 fueron las más significativas banderas de lucha en este sentido. Los argumentos pueden remontarse, en otros casos, a tiempos decimonónicos. Las organizaciones armadas peronistas se sentían con frecuencia las herederas de una línea histórica transitada por figuras como San Martín, Güemes, Rosas, los caudillos y gauchos montoneros, etc. Daniel Lutzky sintetiza estas cuestiones como un intento de “legitimación por la historia”, que condensaba en una organización, persona o sector social un conjunto de eventos históricos (Hilb y Lutzky, 1984:51-52).

¹⁹ Se denominó “Rodrigazo” al paquete de medidas implementado por el economista Celestino Rodrigo, que incluyó: la ruptura de las conversaciones sobre salarios entre trabajadores y patrones, la duplicación de los precios del combustible y la electricidad y la devaluación del peso en un 50 por ciento. Para junio de 1975, la inflación había aumentado oficialmente en un 34,7 por ciento, el más alto nivel registrado desde que la Argentina comenzó a medir tales indicadores económicos en 1960. [ANDERSEN, 1993:179-180]

Capítulo 3:

EL PERONISMO ORTODOXO:

“Un buen día la pelea dio sus frutos. Cuando el último gorila se fue de la Casa Rosada y quisimos iniciar la reconstrucción, nos encontramos con la gran sorpresa. Un montón de recién llegados, algunos barbudos, otros lampiños, se querían adueñar de la ‘cosa’, intentaban vendernos el ‘camelo’ de la ‘Patria socialista’, de la ‘revolución proletaria’. Como si nosotros no supiéramos de revoluciones. Cuando les dijimos que no, que peronismo y marxismo se llevan a las patadas nos empezaron a gritar: ‘Fascistas!, reaccionarios!, burócratas!’, etc., etc., etc.”²⁰

El análisis sobre el peronismo de derecha constituye una de las falencias respecto al estudio de la década del setenta en la Argentina²¹. Vistas en su mayoría como aparatos armados desplegados por los servicios de inteligencia del Estado, las organizaciones del peronismo de derecha, homologadas groseramente a la Triple A de López Rega, han sido en general ignoradas en los estudios sobre la lucha armada (Ladeuix, 2005:1)

Para definir al peronismo ortodoxo, se parte del conglomerado de agrupaciones y tendencias que, ya sea teniendo su origen en el propio movimiento peronista o fuera de él, construyeron a partir de su experiencia social una concepción de la ideología peronista rescatando, alimentando y potenciando los rasgos más conservadores de la misma.

Estos grupos se alimentaron principalmente de dos sectores sociales: una corriente de estudiantes y profesionales de sectores conservadores de la pequeña burguesía nutrían las filas de la

²⁰ ROMEO, F. En: El Caudillo de la Tercera Posición. Año I N°5, 14/12/1973. p.2

²¹ Revisando la bibliografía del período se encuentran decenas de obras dedicadas al ERP, a Montoneros u otras organizaciones de la izquierda armada, pero resulta altamente engorroso, sino es que imposible, encontrar un libro dedicado específicamente al Comando de Organización o a la Concentración Nacional Universitaria.

Concentración Nacionalista Universitaria (C.N.U.), la Juventud Peronista Comando de Organización (C. de O.) y la Alianza Libertadora Nacionalista (A.L.N.). Por otro lado, la Juventud Sindical Peronista (J.S.P.) y el Comando Revolucionario de la Juventud Obrera Peronista (C.R.-J.O.P.) se edificaron desde ámbitos obreros cercanos a las tendencias burocráticas del sindicalismo.

Ideológicamente, la derecha peronista de los años setenta tuvo su más estridente expresión a través de las páginas de la revista “El Caudillo de la Tercera Posición”, publicada durante los años 1973-1975 y dirigida por Felipe Romeo. Este semanario contó con el apoyo económico del Ministerio de Bienestar Social que dirigía José López Rega, cuyos numerosos avisos eran infaltables en cada ejemplar.

Frente a las consignas a favor de la “Patria Socialista” coreadas por la izquierda peronista, la derecha enfatizaba que el peronismo en tanto movimiento político y social, pretendía desde siempre salvaguardar las estructuras del capitalismo argentino, respetando a la propiedad privada con una función social. La “Tercera Posición” planteada ante el conflicto ideológico global de la guerra fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, fue ruidosamente remarcada por estos grupos en su afán de desentenderse de los vínculos que el ala izquierda del peronismo había establecido con el marxismo, por un lado, y de las acusaciones de fascismo que éstos les hacían, por el otro. Una de las consignas favoritas coreadas en los actos públicos era la de “ni yanquis ni marxistas, peronistas”. Se recalca también un fuerte verticalismo e incondicionalidad frente a las figuras y políticas de Perón, primero y de su esposa, Isabel Martínez, después.

Una de las constantes de estos grupos fue la homologación del peronismo con el rosismo, que se manifestaba ante todo en la tradición ritual de la conmemoración del combate de Vuelta de Obligado. La comparación entre las figuras de Juan D. Perón y Juan Manuel de Rosas ya se había tornado común en los años cincuenta. Los ideólogos de la Revolución Libertadora denominaron a la era peronista como “la segunda tiranía”²². Posteriormente, esta homologación fue resignificada por el peronismo y cargada de contenido positivo, al utilizar el tema de la soberanía nacional frente a las potencias extranjeras como articulador (Ladeuix, 2005:20), asociando el enfrentamiento de Juan Manuel de Rosas contra Francia e Inglaterra con el enfrentamiento de Juan Domingo Perón contra los Estados Unidos y la URSS.

²² La comparación ya estaba en uso al momento de la conspiración del ex coronel José Francisco Suárez, cuyo plan para asesinar a Perón debía coincidir con el centenario de la Batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1952.

Detrás de la unidad formal, la derecha e izquierda peronista entraron en una fuerte lucha que se radicalizó una vez que el peronismo volvió al poder por las urnas. Precedidos por una ola de ocupaciones en las universidades, institutos, empresas y reparticiones públicas, los actos de violencia ocurridos en Ezeiza, el 20 de junio de 1973, con un saldo de por lo menos veinte muertos y 400 heridos, fueron la cruda inauguración de la más violenta disputa interna que tuvo el peronismo. Los grupos ortodoxos que habían sido en un primer momento relegados en el escenario político del FREJULI se vieron favorecidos luego del “giro” político dado por Perón al asumir su tercera presidencia, quedando en una situación de cierta influencia dentro del propio partido peronista²³. Obtuvieron una estrepitosa victoria sobre sus antagonistas para el acto del 1° de Mayo de 1974, en el que Perón rompió con los grupos más afines a la tendencia revolucionaria que abandonaron Plaza de Mayo. Luego de mencionar la calidad de la organización sindical y de llamar “estúpidos que gritan” a los sectores que entonaban consignas contra Isabel Perón y la burocracia sindical mencionó que “hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más méritos que los que lucharon durante veinte años” y advirtió sobre la presencia de “estos infiltrados que trabajan adentro, y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan desde afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero”.²⁴

En noviembre de 1973 hizo su primera aparición en público el grupo conocido como la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), al intentar asesinar al senador del Partido Radical, Hipólito Solarí Yrigoyen. Era una organización parapolicial creada por López Rega y sus aliados del Ministerio de Bienestar Social. Sus actividades eran desempeñadas por elementos diversos de la policía y los militares, así como por algunos otros del gobierno peronista. El uso de la violencia homicida por parte de la derecha peronista era mucho menos discriminado que el de la Tendencia y mayormente afectaba a los no combatientes de izquierda. Entre las víctimas de las AAA se incluían militantes no relacionados con organizaciones armadas, familiares de guerrilleros sin militancia alguna y refugiados políticos de los regímenes militares de países vecinos. Esto era así porque la derecha actuaba para generar un estado de terror en toda la oposición. La violencia derechista, contando con financiación estatal y con la complicidad de las fuerzas de seguridad, no necesitaba del apoyo popular, pues defendía el status quo antes que ser un instrumento para el logro de

²³ En el Consejo Superior Peronista, Juan Manuel Abal Medina fue reemplazado por una mesa ejecutiva integrada por Humberto Martiarena, José Rucci, Silvana Roth y Julio Yessi.

²⁴ En: BASCHETTI, 1996:645-647

adhesiones y la toma del poder. Se decía que las AAA eran responsables de dos mil asesinatos políticos cometidos entre julio y octubre de 1974 (Vicens, 1983:123; Cockroft, 2001:672). Estos grupos no podrían haber logrado su tan letal eficacia sin el amparo y la participación de la Policía Federal (nunca fue detenido ninguno de sus miembros). Sus operativos eran realizados con frecuencia en pleno día y a la vista de todos.

Finalmente, en julio de 1975, se produjo la principal escisión en el seno del peronismo antizquierdista que opuso a la derecha moderada que controlaba las 62 organizaciones de la C.G.T. a los ultraderechistas dirigidos por López Rega. Una huelga general de dos días, después del discutido paquete de medidas implementado por el ministro de economía, Celestino Rodrigo, dejó debilitado al “Brujo”. Tanto los moderados de la C.G.T. como los militares se opusieron a su deseo de poder total y lo obligaron a exiliarse el 19 de julio. La revista “El Caudillo”, tras una pausa, volvió a aparecer el 15 de octubre, esta vez financiada por la U.O.M. de Lorenzo Miguel, pero dejó de editarse en noviembre.

Es necesario aclarar los fuertes matices que se dan en esta categoría de “peronismo ortodoxo”, bajo la cual se han agrupado desde viejos justicialistas que simplemente no adherían a las más estridentes consignas del peronismo revolucionario, hasta llegar a las expresiones más extremas, personificadas en la revista “El Caudillo” y las bandas de la Triple A, pero, aparte de estas diferencias, importa la coincidencia en tres cuestiones clave:

- La adhesión total o en gran medida a los gobiernos de Juan D. Perón y María E. Martínez de Perón a partir de 1973.
- La oposición a los sectores del peronismo más juveniles y combativos identificados como “la tendencia” y la “patria socialista”, considerándolos fuera del movimiento peronista.
- La reafirmación de la Tercera Posición, distanciándose tanto de los Estados Unidos como de la URSS.

Actores Políticos y Sociales relevantes:

En el plano internacional, varias de las fuentes del peronismo de derecha colocan a la Argentina como la víctima de un cerco orquestado en conjunto por las mayores superpotencias del momento: Estados Unidos y la Unión Soviética (auxiliadas, según algunas versiones, por el catolicismo posconciliar y el judaísmo). Es la visión conspirativa de la “sinarquía”, desarrollada por intelectuales como Carlos Disandro²⁵, en cuyo pensamiento aparece como una suerte de enemigo abstracto que se materializaría en diversas organizaciones, desde la masonería, hasta la guerrilla marxista, cuyo fin era la destrucción de la nacionalidad.²⁶ Las referencias a la “sinarquía”²⁷ llenaron buena parte de las publicaciones de la Triple A y de la revista “El Caudillo” y el término sería oficialmente definido por el Consejo Superior Peronista como un concepto central de su doctrina, en marzo de 1974. El propio General Perón comenzaría a hablar de los peligros de la “conspiración sinárquica” a finales de los años sesenta:

Durante diez años los argentinos fuimos libres y soberanos. Nadie metió las narices en el país sin recibir su merecido. Pero en el 55 nos aplastó la sinarquía internacional, de la que forman parte el capitalismo, el comunismo, la masonería y el clero tradicional, apoyados por los cipayos.²⁸

La sinarquía se entendía, de este modo, como un enemigo diverso en sus manifestaciones, pero único en el fondo, facilitando a los ideólogos de la derecha peronista reducir a un común denominador a la amenaza del capital yanqui y a la guerrilla de izquierda. Es el mismo enemigo que en 1945 formó parte de la Unión Democrática que enfrentó a Perón en las elecciones presidenciales,

²⁵ Carlos Disandro (1919-1994) fue profesor de la UBA y de la Universidad Nacional de La Plata cesanteado en 1955. Durante los primeros meses de 1970, Disandro y los estudiantes nucleados en torno suyo fundaron la CNU, que estableció profundos lazos con la CGT de Rucci.

²⁶ En: BESOKY, 2010:9

²⁷ Aunque de raíz griega, el término habría adquirido su sentido moderno a partir del desarrollo de ciertas vertientes del ocultismo y la masonería francesa del siglo XIX. El uso contemporáneo de este término es atribuido a Joseph Alexandre Saint-Yves d'Alveydre (1842-1909), miembro de una secta masónica conocida como la Sociedad Martinista, que lo usó en su libro *L'Archéometre*. No obstante, este concepto derivaría en una rudimentaria noción que tendría diferentes valoraciones. En contraste a los casos posteriores, el ocultista francés recuperó el término en un sentido positivo como oposición a los monarcas a través de un gobierno conjunto de los estratos sociales. En el apócrifo *Los Protocolos de los Sabios de Sión* se utilizaba el término para describir la “conspiración judía mundial”, y posteriormente, esta idea formaría parte del discurso nazi y del fascismo. En el franquismo, el planteo sinárquico aparecería a través de la prédica de La Falange, marcando la supuesta conspiración liberal – comunista de la república [LADEUIX, 2007:13-14]

²⁸ En: LADEUIX, 2007:18

y que reaparece una y otra vez a lo largo de la historia²⁹. Cabe aclarar que estas elucubraciones eran patrimonio de los sectores más extremos del peronismo ortodoxo. Otros observadores, como José E. Miguens o Carlos Funes, si bien no disimulaban su antipatía tanto hacia los Estados Unidos como la Unión Soviética, basaron su análisis en criterios mucho más empíricos y menos conspiracionistas, sin caer en la conclusión de que todos los males de la sociedad podían explicarse fácilmente invocando un complot universal contra la Argentina.

El actor que a nivel doméstico se vuelve problemático, sobre todo, a partir de 1973 es la llamada “Tendencia Revolucionaria” del peronismo. Bajo este rótulo se encuadraban los sectores más radicalizados que se encontraban dentro del movimiento: las organizaciones armadas peronistas, los Sacerdotes para el Tercer Mundo y la mayoría de las organizaciones juveniles peronistas (J.P., U.E.S., J.T.P., J.U.P., etc.). Es frecuente encontrar que los peronistas de derecha, que agrupaban sin matices a la totalidad de las variables de la izquierda, y aprovechando la existencia de ciertos contactos entre las organizaciones armadas peronistas y marxistas, incluyeran en este grupo, indistintamente, a organizaciones armadas no peronistas, como el E.R.P., suponiendo que compartían los mismos objetivos y que practicarán un accionar conjunto. De hecho, las acciones del E.R.P., como el ataque al regimiento de Azul, dieron pie para argumentar en contra de toda la izquierda peronista. Dado que el E.R.P. se mantuvo siempre en la clandestinidad y seguía secuestrando empresarios extranjeros, las represalias por sus audaces operativos eran sufridas por grupos como la J.P., que eran más vulnerables por operar abiertamente. En esta misma línea de razonamiento, la fusión entre las organizaciones F.A.R. y Montoneros efectuada en 1973 dio pie para declarar que eran los postulados de las F.A.R., organización originariamente guevarista, los que predominarían de ahí en adelante en Montoneros, el más importante partido armado del peronismo revolucionario.³⁰

Estos sectores eran impugnados por sus orígenes sociales, acusados de burgueses pertenecientes a la clase media alta, e incapacitados para comprender, tanto la doctrina justicialista como los verdaderos problemas de las clases populares. También eran frecuentes las críticas hacia

²⁹ Un ejemplo curioso fue la caída del gobierno de Salvador Allende en Chile, en septiembre de 1973. Mientras la izquierda peronista lo interpretaba como un nuevo avance del imperialismo yanqui, los sectores de la derecha descubrían nuevamente a la acción combinada de la “ultraizquierda” y la “ultraderecha” que la Argentina podía padecer en cualquier momento.

³⁰ “La política y la estrategia antiperonista de FAR-Montoneros”. *El Caudillo de la Tercera Posición*, N° 2 (23/11/1973) pp. 11-12.

los activistas más jóvenes de la Tendencia basadas en la ociosidad laboral de quienes se dedicaban a la militancia de lleno, al ser percibido tal modo de vida como contrario al tradicional encumbramiento moral del trabajador en el peronismo. Otro argumento utilizado para arremeter contra la tendencia era el de carácter generacional: ellos eran mayoritariamente, tomando las palabras de Perón en el acto del Día del Trabajador de 1974, “jóvenes imberbes” que no vivieron la experiencia histórica del primer peronismo y habían malinterpretado al fenómeno justicialista.

La interpretación de la Tendencia acerca del peronismo contenía, según la ortodoxia peronista, tres errores fundamentales: en primer lugar, el de creer que Perón había dado un “giro a la izquierda”, dada la apertura comercial al mundo socialista durante su tercera presidencia.

Perón no giraba hacia la izquierda, sencillamente porque nunca había estado en la derecha [...] por encima del debate ideologista, había que colocar el “interés nacional” que hoy mandaba a acercarse a la Unión Soviética y tomar distancia de los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá, mañana el mandato sería inverso (Funes, 1996:115).

En segundo lugar estaba el tema de la relación entre el peronismo y las Fuerzas Armadas. El error de los sectores más radicalizados era el de atribuir al líder justicialista la intención de suprimir al Ejército como institución para reemplazarlo por “milicias populares”, tal como lo habría sugerido Rodolfo Galimberti. Pero los ataques de Perón estuvieron siempre dirigidos a una reducida camarilla en la que se encontraba el Gral. Lanusse, responsable del más crudo antiperonismo. Las Fuerzas Armadas no debían ser atacadas en bloque, sino que, más bien, el peronismo debía encarlas solo en situaciones de autodefensa, para lo cual el Movimiento debía estar prevenido y preparado. Algunos elementos del peronismo de derecha iban mucho más lejos en su aprecio por las Fuerzas Armadas, argumentando que éstas debían ser usadas para reprimir a la “subversión”. En este sentido, las medidas conocidas como el “Operativo Independencia” fueron aplaudidas por estos sectores.

Finalmente estaba la interpretación sobre la mayoría de las autoridades legalmente establecidas de la C.G.T., llamadas “burócratas sindicales” por la Tendencia. Este problema alcanzó su más dramático punto con el asesinato del Secretario General, José Ignacio Rucci, en septiembre de 1973.

¿Qué se quiere decir con “burocracia sindical”? Lógicamente, si nuestros sindicatos deben manejar sanatorios, obras sociales, construcciones, hoteles,

bancos y servicios de toda índole para sus afiliados, tiene que tener montada una organización compleja, lo que técnicamente se llama burocracia. Y que los dirigentes de esos enormes complejos, elegidos para el cargo por sus compañeros, sean personas importantes en la comunidad, tengan automóvil y casa propia, hagan política y formen parte de las élites dirigentes del país no molesta a ningún trabajador sino todo lo contrario, los llena de legítimo orgullo porque son sus representantes. Solamente molesta esto a la burguesía marxista, que quiere tener dirigentes sindicales en alpargatas, embrutecidos y sin ubicación en los grupos dirigentes de la sociedad, para hacerlos seguir dependiendo de ellos y de sus brumosas ideologías importadas, o sea, volver al esquema que hizo saltar al peronismo en 1945.³¹

La legitimidad de las organizaciones armadas peronistas es entendida (o, por lo menos, no fuertemente cuestionada) solamente hasta mayo de 1973, fecha en la que la dictadura de la Revolución Argentina se retira del poder para que Cámpora inaugure el primer gobierno civil luego de siete años de gobierno militar. Pero Montoneros y demás organizaciones relacionadas ignoraron el llamado a bajar las armas hecho por Perón, quien siempre los había entendido como “formaciones especiales”, cuyas funciones debían limitarse exclusivamente a presionar por la fuerza a la dictadura militar, acompañando las tareas de las organizaciones de superficie hasta el llamado a elecciones.

Desatada la “lucha por el botín” entre las dos alas del peronismo con el nuevo gobierno, los sectores juveniles demostraron, en los hechos, la intención de avanzar sobre espacios tradicionales de la rama Sindical, las 62 Organizaciones, en desmedro de la Unión Obrera Metalúrgica liderada por Lorenzo Miguel (Funes, 1996:107). La Tendencia Revolucionaria hizo su propia interpretación del triunfo del 11 de marzo de 1973, creando el mito de que ellos habían sido los principales artífices de la retirada de los militares (Vicens, 1983:43). Para ellos era una victoria que debía consolidarse, acorralando al enemigo, ocupando espacios de poder, profundizando el cambio social con medidas revolucionarias y manteniendo la guardia en alto mediante la permanente movilización sin bajar las armas.

Muchas posturas sostenían directamente la no pertenencia de estos grupos al movimiento peronista, llamándoles “infiltrados” serviles a la sinarquía internacional que se aprovechaban del prestigio de la “camiseta peronista” para llevar a cabo un proyecto totalmente distinto al del verdadero movimiento.

³¹ MIGUENS (1973): “El marxismo burgués se saca la careta” p. 143. En: MIGUENS, 1983 pp.141-144

En suma, los enemigos relacionados con la tendencia habrían tenido un objetivo preciso: impedir la aplicación del plan de Perón. Las organizaciones armadas peronistas, más allá de sus proclamas, habrían cumplido el papel de ariete principal, al disputarle al general la conducción del movimiento y generar un desorden que más que a la revolución apuntaba al derrumbe (Vicens, 1983:104). José E. Miguens sostenía la tesis de que, en un momento crucial para la liberación nacional de la Argentina, que era posible y que ya estaba siendo emprendido por Perón, la izquierda maniobraba para desbaratarlo anteponiendo otro proyecto de liberación que era utópico e irrealizable:

Todos los días organizaciones y personas que se creen revolucionarias, en nombre de la liberación, están tirando bombas a empresas norteamericanas y atemorizando a sus funcionarios, secuestrando y vejando a sus diplomáticos. Esto significa molestar e irritar sin objetivo político [...]. Todas estas cosas perjudican el camino de liberación real que ha emprendido la Nación Argentina.

Durante muchos años, en nuestro país, cuando se quería parar alguna obra importante o algún proyecto realmente transformador, se presentaba un proyecto teóricamente mejor que obligaba a parar el otro real que mal o bien se estaba haciendo. Los argentinos nos acostumbramos a llamar a este tipo de maniobras: “proyecto-tapón”.³²

Las más extremas posturas, encarnadas en la revista “El Caudillo”, proponían soluciones como la que escribía el director Felipe Romeo en un editorial de noviembre de 1974 en dicha publicación:

Los teóricos más autorizados sobre luchas guerrilleras coinciden en un punto que es ya casi un axioma: “La única regla fija en la guerra moderna es la falta de reglas”. [...] para combatir este tipo de guerra las fuerzas de seguridad tienen que despojarse de todas las trabas mentales y legales que les atan las manos. El código penal es en muchos casos insuficiente. El paredón es más efectivo [...] Esta es una guerra santa. Es la guerra del pueblo. Tiene que haber vencedores y vencidos. [...] Los terroristas usan el pánico como medio para imponer sus ideas. Tenemos que sembrar el pánico entre los terroristas. [...] Combatir la subversión ya no es una cuestión ideológica, es una cuestión de vida o muerte. El mejor enemigo es el enemigo muerto. Porque es así y porque Isabel manda.

Felipe Romeo.

Isabel Perón o Muerte. Venceremos.³³

³² MIGUENS (1974): “La liberación-tapón” p.158. En: MIGUENS, 1983 pp.155-158

³³ En: BESOKY, 2010 p.23

Conflictos estructurales básicos:

Al igual que el ala izquierda del peronismo, la postura ortodoxa considera fundamentales a los años de la proscripción política vividos a partir de la Revolución Libertadora de 1955 y a la terquedad e intransigencia del antiperonismo, tema que ya ha sido desarrollado por lo que no parece necesario volver sobre el mismo.

Las condiciones económico-sociales también juegan un papel destacado en el análisis de esta postura, considerando que durante los dieciocho años de proscripción, de la mano de gobiernos ineptos y entreguistas, la Argentina sufrió un deterioro económico sin pausas que la había dejado en una situación desfavorable. Al momento del inicio de la tercera presidencia de Perón el estado de las finanzas poco tenía que ver con la favorable situación que existía en 1946. Las nuevas circunstancias significaban la apertura de un lento ciclo de reconstrucción nacional cuyas líneas principales estarían marcadas por el Pacto Social, un plan que fue fervorosamente defendido por el peronismo ortodoxo.

Otro tema fundamental es el de los problemas en los claustros universitarios, en donde la Tendencia había cobrado posiciones muy destacadas:

Los peronistas siempre tuvimos serios problemas con la Universidad. Desde 1945, cuando la oligarquía usaba a los estudiantes para atacar a los obreros en nombre de la “inteligencia” contra la “brutalidad” de las “clases más bajas de la población”. Cuando gobernamos nosotros intentamos hacer de los claustros un lugar de trabajo al servicio del país. No lo conseguimos del todo, pero avanzamos bastante [...]

En 1955 la trenza liberal-marxista tomó la universidad por asalto. Claro que tenían cómplices adentro, que nunca se habían ido del todo. Festejaron la caída de Perón como un triunfo propio y de ahí en adelante se dedicaron a servir a la extranjería y perseguir a los nacionales.³⁴

Durante los años cincuenta y sesenta la universidad habría tenido el papel de malformar cultural e ideológicamente al grueso de la juventud argentina, que no pudo comprender el verdadero sentido del peronismo.

³⁴ “Las puertas de la universidad continúan cerradas al pueblo”. *El Caudillo de la Tercera Posición*. N°3 (30/11/1973) p.3

Las nuevas generaciones, en especial los que pasaron por las universidades o por la militancia política, sólo entendían la “revolución” en términos de la dialéctica socialista. El fenómeno del justicialismo, su extraordinaria síntesis de pensamiento y acción, no era materia de estudio; a lo sumo, se lo encuadraba en la vulgar categoría de “hecho popular” y mitológico (Funes, 1996:88-89).

En los años setenta esta problemática no solamente recrudecería, sino que también se vería acompañada por un fuerte deterioro en la calidad de la educación superior. La responsabilidad de esta complicación recaía directamente sobre las autoridades de la tendencia designadas por Cámpora, sobre todo en el ministro de educación, Jorge Taiana. En diciembre de 1973 las autoridades de la Universidad de Buenos Aires eliminaron el requisito de tener aprobados estudios secundarios para ingresar a la universidad, lo cual multiplicaría el número de estudiantes y haría imposible brindarles una educación de calidad. Lo más llamativo es el papel que José E. Miguens les daba a los jóvenes que, por múltiples razones, abandonaban los altos estudios:

[Las universidades] estaban produciendo constantemente en grandes cantidades, seres humanos fracasados, frustrados y resentidos o sea que eran y son sistemas sociales generadores de anarquía, resentimiento y agresión contra la sociedad en general.³⁵

³⁵ MIGUENS (1974): “Liberalismo universitario” p.151. En: MIGUENS, 1983 pp.149-154

Capítulo 4:

LA POSTURA CONSERVADORA:

“Solamente Dios sabe a qué sádicos extravíos hubieran llegado esas bandas de no haber encontrado, en su camino, a las Fuerzas Armadas de la Nación” (Lanusse, 1977:116)

Presente en ámbitos tanto castrenses como académicos, lo que podría denominarse como una postura ideológica conservadora, devenida en modelo historiográfico, ha basado su interpretación histórica de este fenómeno en la aplicación del concepto de “guerra revolucionaria”. La caracterización por parte de los militares del período previo al golpe de 1976 como “guerra” fue el producto de un largo proceso de adoctrinamiento protagonizado por elementos del catolicismo intransigente y de la extrema derecha, sumado al aporte de la influencia ideológica del ejército francés (Ranalletti, 2009:249-250).

Ciertos elementos del catolicismo intransigente y de la extrema derecha lograron construir una trama de relaciones personales a través de la cual pusieron en práctica un adoctrinamiento reaccionario. Esta rama del catolicismo fuertemente politizado, elitista, antisemita, antiperonista y anticomunista, tuvo en el padre Julio Ramón Meinville (1905-1973) y en sus discípulos, el profesor Jordán Bruno Genta (1909-1974) y Carlos Alberto Sacheri (1933-1974) a sus más paradigmáticos exponentes, que colorearon con un tono de cruzada a la “guerra revolucionaria”. Los sectores del catolicismo intransigente también jugaron un rol fundamental en la complicada tarea de la tranquilización de consciencias de los asesinos y torturadores, cuya labor en los centros de detención clandestinos pudo desenvolverse, sin grandes inconvenientes, como “cristiana”.

El ejército francés, por su parte, hizo su aporte exportando a la Argentina la doctrina de la guerra revolucionaria, que era en buena parte una revitalización de las tesis colonialistas del siglo XIX. Una de las más importantes influencias de los militares franceses sobre el pensamiento de los

militares argentinos fue la del general francés, André Beaufre. En su obra, “Introducción a la Estrategia”, sostenía que las guerras convencionales parecían estar eclipsándose. El futuro estaría signado por las guerras de baja intensidad enmarcadas en el conflicto Este-Oeste. Beaufre insistía con pesimismo en que la Unión Soviética estaba ganando ese conflicto, dado que en los Estados Unidos el debate se circunscribía ingenuamente a los anticuados términos de guerra y paz.³⁶ Las misiones militares francesas, que trasladaban sus experiencias de guerras coloniales de Indochina y Argelia a los militares argentinos, habían enseñado que la tortura era un método aceptable para obtener información rápidamente, la percepción del “otro” como un enemigo absoluto contribuyó al uso de esta práctica más allá de las necesidades operativas.

Otra influencia ineludible de analizar fue la estadounidense. Ya en 1950 los Estados Unidos preveían un importante rol para los militares latinoamericanos en la supresión de la subversión interna. Pero la idea cobró mayor fuerza durante la presidencia de Kennedy, dado el clima de histeria geopolítica provocado por la revolución en Cuba. Durante esta administración se hicieron frecuentes los planes de contrainsurgencia que incluían entrenamiento y ayuda militar a los militares latinoamericanos, pero también fomentaban la politización militar, impartiendo un anticomunismo rabioso y un rol de guardia de la seguridad interna y la inversión extranjera. Tal como lo reconoció el Informe de la Comisión Kissinger de 1984, los Estados Unidos practicaron un intervencionismo muy activo en América Latina, ayudando a la creación y mantenimiento de estados de seguridad nacional que patrocinaban las torturas y las desapariciones (Cockroft, 2001:62-63). Durante un período de veinticinco años a partir de 1950, 2.766 miembros de las Fuerzas Armadas argentinas habían recibido instrucción militar en las escuelas militares de los Estados Unidos y más de 600 habían asistido a instrucciones en operaciones de contrainsurgencia en la Escuela del Ejército de las Américas de los Estados Unidos en Fort Gulick, cerca del Canal de Panamá (Andersen, 1993:294). El jefe de la policía federal, y otros 8 policías argentinos fueron entrenados en ese lugar. Después de la prohibición del Congreso norteamericano, en 1974, del programa de entrenamiento de la policía suministrado por A.I.D. (Agency for International Development), debido a la participación de ese organismo en el entrenamiento de torturadores, la ayuda para la policía argentina continuó suministrándose a través de los programas antinarcóticos del Departamento de Estado y de la D.E.A. (Drug Enforcement Administration) (Cockroft, 2001:676).

³⁶ En: ANDERSEN, 1993:85

Actores políticos y sociales relevantes:

El modelo explicativo conservador ha tomado fundamentalmente dos actores-enemigos principales para el abordaje de la temática que nos compete: en el plano externo el “comunismo internacional”, y en el plano interno las organizaciones guerrilleras. La presencia de estos actores domésticos y foráneos impulsó a los militares a priorizar la lucha contra los enemigos internos por sobre las guerras convencionales, adoptando la Doctrina de la Seguridad Nacional, cuyas principales tesis eran:

Primero, que la “subversión” constituía un “enemigo oculto” y que formaba parte de una “conspiración mundial” del comunismo en contra de Occidente. En segundo lugar, que el desarrollo económico y la seguridad nacional estaban vinculados entre sí y que las Fuerzas Armadas no podían implementar el primero sin la última; y en tercer lugar, que los militares tenían el derecho de supervisar y hasta controlar a los gobiernos civiles y que en tanto éstos fracasaran, podían derrocarlos (Rock, 1993:201-202).

La concepción de la realidad social en la que los militares argentinos se habían adoctrinado, se anclaba en una particular visión del pasado, rica en argumentos conspirativos, que hilaba la historia universal a través de una confabulación secular contra un Occidente difusamente definido que, a partir de la reforma luterana, pasando por la revolución francesa de 1789, entraba en su fase final con la revolución bolchevique de 1917 (Ranalletti, 2009:253). La Modernidad, en suma, era lamentada como un trágico descarrilamiento histórico de decadencia de los pilares de Occidente: la religión, la autoridad, la familia, etc.

La tesis de la revolución mundial postulaba “la indudable conexión internacional existente entre el planeamiento y conducción estratégica subversiva, conformada en lo externo, con la ejecución táctica de los procedimientos terroristas utilizados en el ámbito geográfico de la República” (Leony Houssay, 1980:33), una lucha revolucionaria sucia, programada, planeada y financiada desde Moscú, vía la Habana para el logro final y secular, en el colmo de una visión geopolítica confrontacionista, de la conquista soviética del mundo. El clima de histeria ideológica de la época se veía alimentado a nivel global por la escalada táctica de la izquierda en países como Chile (1970), Vietnam, Angola (1975), Nicaragua, Afganistán (1979), etc., con el agregado del creciente potencial bélico de la URSS. La explicación adquiere elementos hasta xenófobos al punto

de llegar a afirmar que “...el pueblo ruso (sic), de ayer, de hoy y de mañana, con los amos que tiene o que pueda tener, será siempre el enemigo de Occidente” (Leony Houssay, 1980:121). En este marco, la Argentina parecía tener una importancia excepcional para la Revolución Mundial, dada su influencia en América Latina y en el Cono Sur particularmente (Díaz Bessone, 1988:77). Especial atención para esta corriente de autores merece la proclama final de la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (O.L.A.S.), realizada en La Habana en julio de 1967, en donde se dispuso organizar para cada país de Latinoamérica un Ejército de Liberación Nacional.

Este clima internacional habría sido el responsable directo del surgimiento en la Argentina de una argamasa deshumanizada de entidades que ponían en jaque a los fundamentos de la identidad nacional pretendidamente católica de la nación “baluarte de Occidente”. Difusamente nominadas con los vocablos “revolución”, “subversión”, “comunismo”, etc., se manifestaban en la cotidianidad política y social local a través de cualquier reclamo social, estudiantil, sindical, barrial o político.

Dentro de esta “subversión” se encuadrarían las organizaciones guerrilleras (Montoneros, E.R.P., F.A.P., F.A.R., etc.), que en la ideología conservadora cargarían con la totalidad de las responsabilidades locales de las adversidades vividas por la sociedad argentina durante los años sesenta y setenta, siendo quienes comienzan la agresión hacia un orden social y político considerado “natural”.

Es llamativa la importancia capital atribuida a las capacidades potenciales de las guerrillas. Dirigidas desde el exterior, contrarias a las tradiciones del “ser nacional” e infiltradas en todos los ámbitos sociales, parecen ser de tan virulenta peligrosidad que sus actos “... pueden llevar de la noche a la mañana a convertir un país soberano de Occidente a ser satélite del imperialismo moscovita” (Leony Houssay, 1980:103). Ningún otro grupo guerrillero en el mundo habría tenido tal grado de peligrosidad como los que se desempeñaron en la Argentina (Díaz Bessone, 1988:7). Era, con la existencia misma del Estado y la Nación en peligro, en este estado de las cosas “próximo a la disolución y al caos” (Díaz Bessone, 1988:237, 351) donde se dieron los decretos presidenciales N°261, 2770, 2771 y 2772 del año 1975 que inauguraban el “Operativo Independencia” para neutralizar y/o “aniquilar” el accionar de elementos subversivos y el posterior golpe de estado de 1976.

Sin embargo, ya en vísperas del golpe, el enemigo de los militares, cuyo poder era considerablemente más concreto y real que el de la fantasmagórica y diezmada guerrilla, era el sindicalismo. La actividad sindical había experimentado un fuerte crecimiento a lo largo del último gobierno peronista. Las jornadas de movilización y protesta que siguieron al “Rodrigazo” primero, y a los planes económicos de Mondelli, después, fueron evidencia de ello. Como explica Sergio Morresi, la derecha argentina, especialmente su ala liberal-conservadora, erigió como su principal anatema al “populismo”, vinculando a este vocablo con las acciones sociales masivas (organizadas o no) que buscaban influir en la acción del Estado para darle un rol redistributivo con el objetivo de obtener una sociedad más equitativa (Morresi, 2011).

[La guerra sucia] fue una manera de garantizar la estabilidad para la aplicación de un programa económico favorable a aquellos empresarios argentinos y extranjeros que tenían una “diversidad” de intereses intersectoriales y un control casi monopolístico de la economía. El ministro de economía de la junta, José Alfredo Martínez de Hoz, explicó que con “la estabilidad económica las fuerzas armadas nos garantizan” que el programa de austeridad económica tipo FMI “pueda cumplirse a pesar de la falta de apoyo popular” (Cockroft, 2001:677).

Los militares eliminaron las protecciones arancelarias de la industria local y abrieron el mercado a los intereses internacionales. La liberación del control de cambio, el aumento de las tasas de interés para controlar la inflación y la eliminación de restricciones en la banca beneficiaron a los inversionistas en los mercados financieros, los bienes raíces y otras actividades especulativas.

El día del golpe, quince sindicatos fueron ocupados por los militares, número que en pocos días se transformó en varios centenares. Se anuló el derecho a la huelga. La C.G.T., con sus 6 millones de miembros; las 62 Organizaciones, brazo sindical del peronismo; la C.G.E., que nucleaba pequeños y medianos empresarios y toda actividad sindical de trabajadores, empresarios y profesionales fue prohibida. Los empleados públicos quedaron sometidos a la jurisdicción de tribunales militares. Casi todas las plantas industriales importantes, sobre todo aquellas consideradas vitales, fueron ocupadas por militares y sometidas a supervisión.

No obstante la represión, parte del movimiento sindical se esforzó por resistir. En setiembre de 1976 los conflictos salariales estallaron en General Motors, Ford, FIAT, Peugeot y Chrysler. El gobierno respondió con la ley 21.400, que imponía un término de seis años de prisión por participar en una huelga y diez para los juzgados “instigadores” de las mismas.

En 1980, Juan Alemann, secretario de hacienda de Videla, admitió que con el programa económico del Proceso:

Buscamos debilitar el enorme poder sindical, que era uno de los grandes problemas del país. La Argentina tenía un poder sindical demasiado fuerte, frente al cual era imposible el florecimiento de cualquier partido político porque todo el poder lo tenían ellos. Ahora con un mercado laboral en movimiento, el trabajador no acude más al dirigente sindical por su problema, porque si no le gusta su empleo se va otro y listo. [...] hemos debilitado el poder sindical y ésta es la base para cualquier salida política en la Argentina.³⁷

Conflictos estructurales básicos:

Las fuentes consultadas revelan entre sus autores un espacio de consenso conformado por una serie de condicionantes comunes a la violencia, esgrimidos de manera reincidente. Las mismas pueden resumirse bajo el rótulo de subversión intelectual y universitaria.

En un discurso pronunciado en la Universidad del Salvador en Buenos Aires en 1978, el miembro de la Junta Militar, Almirante Emilio Massera, dio a conocer su opinión acerca de las raíces de la subversión intelectual, que podía remontarse a la prédica de tres intelectuales: Karl Marx, culpable de cuestionar la propiedad privada; Sigmund Freud, por atacar “el sagrado ser interno de la persona humana”; y Albert Einstein, cuyo pecado fue el de desafiar las ideas existentes sobre el espacio y el tiempo. Curiosamente, el Almirante olvidó mencionar el hecho de que los tres intelectuales citados eran judíos.³⁸

El año 1968 se presenta aquí como clave, dados los disturbios estudiantiles en París y otras capitales europeas, sumado a las protestas en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam. Estos acontecimientos se produjeron en un clima caracterizado por nuevos planteos ante los tradicionales valores y costumbres de la familia, el sexo, la educación, el consumo, el arte y la religión (Buchrucker, 1991:9-10). Estos desafíos culturales repercutieron duramente en los ámbitos conservadores, provocando la correspondiente reacción. Los conflictos sociales, la oposición

³⁷ En: ANDERSEN, 1993:212

³⁸ En: ANDERSEN, 1993:233

política, el debate, el inconformismo cultural e ideológico (valores de una sociedad libre) se consideraban la manifestación de una guerra revolucionaria (Andersen, 1993:231).

Explica Díaz Araujo que en “la masa de los liquidadores de Occidente” concurren diversas fuerzas ideológicas. La “Revolución Cultural” se instala en el seno mismo de las instituciones occidentales, dominando la religión, las finanzas y las ciencias sociales, especialmente la pedagogía. Esta revolución ha tergiversado conceptos fundamentales de la civilización, tales como el de la “libertad”, deformada en “liberación” y en “derechos humanos”, conceptos utilizados respectivamente para arremeter contra la dignidad social y para defender al terrorismo de las justas sanciones de los hombres amenazados (Díaz Araujo, 1983:9-10).

La mayoría de la intelectualidad burguesa argentina, resentida por no tener incidencia relevante en el Estado, le habría brindado un importante apoyo teórico al foquismo (Díaz Bessone, 1988:101-102). A esto se sumaba la crisis de la fe católica, desencadenada luego del Concilio Vaticano II (1962-1965) y con la aparición del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Se constituía así una fracción del sacerdocio desentendida de la tradicional estructuración verticalista y jerárquica de la Iglesia Católica, fuertemente comprometida con los problemas sociales y políticos de la época, y cuya prédica revolucionaria habría inducido especialmente a los jóvenes a tomar las armas.

Con respecto a la cuestión de la subversión en la universidad, esta corriente conservadora considera que a finales de la década de 1960 los recintos universitarios fueron transformándose en el campo predilecto de adoctrinamiento peronista o marxista, de la mano de un proceso de decadencia académica y del accionar de una minoría radicalizada funcional a las organizaciones armadas. El problema iría creciendo año tras año de tal modo que para 1973 todas las universidades argentinas, atravesando la peor crisis de su historia, habrían quedado en manos de la “subversión”.

Con una tradición de décadas de autonomía, las universidades argentinas gozaban de la reputación de ser las mejores de América Latina. En particular, la Universidad de Buenos Aires era reconocida por su nivel de formación académica y en investigación aplicada. No obstante, para la derecha argentina las universidades eran imaginadas como poco menos que fortalezas logísticas de la subversión. En una conferencia dictada en Córdoba, en 1960, Julio Meinvielle explicaba cómo se formaban las élites intelectuales del comunismo a partir de la Reforma Universitaria de 1918:

Ya como causa que está operando más cerca de nosotros en la propagación del comunismo, habría que señalar la presencia en nuestra vida pública de la generación que ahora está entre los 35 y los 55 años y que ha sido adoctrinada en los principios de la reforma universitaria en nuestras universidades de Buenos Aires, La Plata, el Litoral y Córdoba desde hace 40 años [...]

El comunismo en el país ya tiene su cerebro que lo constituyen las Universidades [...]. Estas Universidades son tierra ocupada por el Comunismo que allí prepara en todas las profesiones los planteles de nuevos egresados, que luego han de llevar sus ideas a colegios, instituciones, ambientes sociales. Por allí, toda la juventud de la clase media que se educa en Universidades, Colegios secundarios, Institutos, se está impregnando de una mentalidad filo-comunista (Meinvielle, 1974:327-328).

Los temores del conservadurismo fueron atizados por el creciente activismo estudiantil que se dio paralelamente a una serie de conflictos esporádicos entre la Universidad y el gobierno militar instaurado en 1966 que precedieron al “Cordobazo”: la acción policial que tuvo lugar el 29 de junio de 1966 conocida como “la noche de los bastones largos” en la que la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires fue violentamente desalojada (dejando un saldo de 150 detenidos y cuarenta y cinco heridos), la muerte del estudiante de ingeniería, Santiago Pampillón, durante un enfrentamiento con la policía en Córdoba, y las muertes en mayo de 1969 de los estudiantes Juan José Cabral y Ramón Adolfo Bello en Corrientes y Rosario, respectivamente.

Las reivindicaciones del movimiento estudiantil apuntaban en general al ingreso libre e irrestricto a la Universidad y a la participación estudiantil en el gobierno de las mismas. A comienzos de los años setenta se sumarían a estas reivindicaciones estrictamente universitarias exigencias políticas como la libertad de detenidos.

Hacia finales de 1971 existían nueve universidades nacionales. En dos años ese número se elevó a veintiséis, pero el principal problema era el de dotar a esas casas de estudio de personal docente de calidad.

Se vuelve, pues, a la verdadera intención del marxismo, que es la de crear una generación de jóvenes frustrados, porque no a otra cosa podían aspirar los egresados de esas universidades, cuyos conocimientos, en función de las enseñanzas impartidas, dejaban mucho que desear. Una situación que se vio reflejada más adelante cuando en las solicitudes de empleados y profesionales, las empresas exigían títulos universitarios de determinadas casas de estudio. También se dio el caso de que las exigencias, a finales de 1975, se extendieran hasta solicitar profesionales con títulos otorgados con anterioridad a 1973 (Landivar, 1980:29).

Esta “masa de jóvenes frustrados y resentidos” pasaría a convertirse en generadores de agresión hacia la sociedad en general, engrosando las filas de la guerrilla. Es en éste ambiente en el que se desarrollaba el accionar ideológico y político de minorías políticamente radicalizadas, presentes en el ámbito estudiantil, docente y no docente, que dependían directamente de las organizaciones terroristas (principalmente E.R.P. y Montoneros) y se beneficiaban de la actitud apolítica y silenciosa de la mayoría de la comunidad universitaria, de tal modo que lo que a la vista de la sociedad parecían rebeliones masivas del estudiantado era en realidad el trabajo de unos pocos activistas (Landivar, 1980:36).

En este marco, 1973 fue un año bisagra, con la multiplicación de las ocupaciones de distintas facultades en todo el país, la victoria electoral de Cámpora y las designaciones de Taiana y Puiggrós en el Ministerio de Educación y en el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires respectivamente³⁹. Las medidas más trascendentales a partir de aquel momento fueron:

- La declaración del ingreso irrestricto, que al saturar las aulas vulneraría aún más la calidad educativa universitaria.
- La derogación de la resolución De la Torre que prohibía el funcionamiento de agrupaciones estudiantiles en el nivel de la enseñanza media.
- Una amnistía para todos los hechos ocurridos desde setiembre de 1955 hasta el 25 de mayo de 1973.⁴⁰
- La reincorporación de todos los profesores que hubiesen sido separados de sus cargos a partir de setiembre de 1955.

Los desórdenes universitarios continuaron hasta la renuncia de Taiana en agosto de 1974 y su reemplazo por Oscar Ivanissevich en el Ministerio de Cultura y Educación. El rectorado de la Universidad de Buenos Aires quedaría desde setiembre de ese año en manos del autoproclamado fascista Alberto Ottalagano (su predecesor, Raúl Laguzzi, se alejó del rectorado luego de sufrir un

³⁹ Así como el Ministerio de Bienestar y otros sectores quedaron bajo la órbita del peronismo ortodoxo y el “loperreguismo”, el gobierno electo en 1973 dejó en manos del peronismo combativo el Ministerio de Educación con el objeto de lograr un equilibrio entre las fracciones del movimiento.

⁴⁰ “En virtud de esa amnistía no solamente quedaban liberados de culpa y de cargo los alumnos, profesores y trabajadores universitarios que hubiesen incurrido en alguna contravención en contra de los reglamentos universitarios, sino los que directamente estuviesen acusados de haber cometido delitos dentro del recinto de alguna facultad. Con ello quedaron automáticamente restituidos, por ejemplo, hasta aquellos que fueron expulsados por falsificación de actas de exámenes o por agresión física a algún profesor.” [LANDÍVAR, 1980:101-102]

atentado con explosivos en su domicilio, que terminó con la vida de su hijo de un año). No obstante, si bien el núcleo de la “enfermedad” había sido extirpado, ésta ya estaba siguiendo su curso.

El concepto de guerra irregular:

El concepto con el que esta corriente de pensamiento ha caracterizado los hechos represivos en la Argentina de la época que nos ocupa ha sido el concepto de guerra en distintas variantes: guerra contrarrevolucionaria, guerra antisubversiva, guerra irregular, guerra sucia, etc.

Existió y existe todavía un interés mucho más personal que académico, por parte de los militares y de sus simpatizantes, en nominar al asesinato estatal masivo como una guerra. El mismo radica en que las Fuerzas Armadas pretenden en la actualidad ser juzgadas, no solamente histórica, sino también penalmente, no como ejecutores de un asesinato en masa, sino como los victoriosos veteranos (héroes) de la primera batalla de una apocalíptica “Tercera Guerra Mundial” entre “Occidente” y el “Comunismo Internacional”, una verdadera guerra con todo lo que ello implica. Tal como en 1985 declaraba el Almirante Emilio Massera durante los juicios a las Juntas Militares:

Nadie tiene que defenderse por haber ganado una guerra justa [...] Sin embargo, yo estoy aquí procesado porque ganamos esa guerra justa. Si la hubiéramos perdido no estaríamos acá –ni ustedes ni nosotros– porque hace tiempo que los altos jueces de esta Cámara habrían sido sustituidos por turbulentos tribunales del pueblo y una Argentina feroz e irreconocible hubiera sustituido a la Patria.⁴¹

Uno de los intentos más audaces por definir este concepto es el de Díaz Araujo al afirmar que en la Argentina, si bien no existió una guerra convencional:

Hubo más de veinte mil atentados terroristas; y cientos y cientos de bajas en las Fuerzas Armadas y de Seguridad [...]. Secuestros, asaltos a bancos, copamientos a emisoras, emboscadas, ataques a cuarteles, asesinatos a policías casi a diario [...]. Técnicamente eso se llama Guerra Irregular; y si lleva un signo ideológico marxista, se denomina Guerra Revolucionaria [...]. Fue una guerra irregular, porque no se ajustó a las reglas, la regularidad -leyes y usos de la guerra- de las

⁴¹ En: ANDERSEN, 2000:25

fuerzas en combate (usos de uniformes, portación de armas a la vista, etc.); También fue una guerra revolucionaria, como rotula la doctrina clásica marxista-leninista a ese tipo de conflagraciones, porque así lo proclamó la parte guerrillera (Díaz Araujo, 2005:47, 49).

La situación descrita tendría serias consecuencias de orden jurídico, ya que al existir una situación de conflagración, no tendrían validez alguna las Convenciones Internacionales de Derechos Humanos, sino, más bien, las Convenciones de Ginebra y La Haya sobre el derecho de Guerra (Díaz Araujo, 2005:66), dando licencia a las Fuerzas Armadas para desatar un asesinato estatal masivo, al combatir contra insurgentes que no respetan las leyes y usos de la guerra (el uso de uniformes, armas a la vista, etc.).

Admitiendo como idóneo el concepto de guerra para el período que nos ocupa, explica el General Díaz Bessone las modalidades de violencia que se dieron a partir de la siguiente clasificación:

1° Hechos totalmente ajenos a la guerra y a las FFAA como Instituciones. [...] Nadie en su sano juicio puede pensar que se trató de hechos relacionados con la misión que se le impuso a las fuerzas armadas: aniquilar a las organizaciones subversivas. Esos casos, y todos los casos de igual naturaleza, constituyen delitos que debieron y deben ser investigados [...]

2° Hechos periféricos. [...] Se trata de los excesos que ocurrieron en todas las guerras de la historia, son la excepción y no la regla, y deben recibir sanción penal correspondiente. [...] La subversión señala como norma lo que fue la excepción. Presentar la acción de las Fuerzas Armadas en la guerra contra la subversión como un absoluto y permanente proceder arbitrario y excesivo es falsear la realidad. [...]

3° La absoluta mayoría de los casos, en los que se desarrollaron las operaciones *normales* en este tipo de guerra, contra un enemigo clandestino y pérfido. Pretender que en una operación de guerra [...] se aguardara la orden de allanamiento de un juez o que se aplicara el Código Penal en lugar del reglamento de combate, era sentenciar a las Fuerzas Armadas al aniquilamiento, en lugar de que ellas aniquilaran a las organizaciones subversivas. Así, éstas hubieran impuesto la “patria socialista”, destruido el orden social existente, y liquidado a nuestra sociedad “burguesa” (Díaz Bessone, 1988:264-265).

Una de las cuestiones más engorrosas para estos modelos explicativos es la de las numerosas muertes de personas ajenas a todo tipo de organización guerrillera, e incluso a todo tipo

de militancia (los puntos 1 y 2 del esquema de Díaz Bessone). La gran mayoría de los ideólogos del Proceso ha optado por “resolver” el enigma mezclando en sus argumentos una magnificación del punto 3, y una atribución de las responsabilidades de los puntos 1 y 2 a los “juicios revolucionarios”⁴² y a las supuestas “bandas de extrema derecha” fuera del control de las Fuerzas Armadas.

Pero esta guerra revolucionaria no terminaría con la derrota militar de la guerrilla, sino que continuaría hasta el día de hoy bajo otras modalidades. Adoptando las organizaciones guerrilleras a la política como “la guerra por otros medios” (en una inversión del enunciado de Clausewitz), esta segunda etapa de la guerra estaría manifestándose a diario: laicismo, feminismo, descrédito de las Fuerzas Armadas, Derechos Humanos, progresismo, etc. Son solo algunos de los éxitos que la “subversión”, derrotada por las armas, habría obtenido en el campo político y cultural a partir del dominio de los medios de comunicación y la opinión pública.

⁴² Juicios y ejecuciones practicados por las organizaciones guerrilleras contra sus propios militantes para remediar problemas de disciplina y evitar deserciones.

CONCLUSIONES:

Respecto a la primera de las hipótesis de trabajo planteadas, acerca de las conexiones entre el clima ideológico global de la Guerra Fría y las interpretaciones locales de la violencia organizada, la lectura de los actores políticos y sociales que cada una de las tres posturas desarrolladas consideraba relevantes permite afirmar que, tanto el peronismo revolucionario como el peronismo ortodoxo y el conservadurismo, estaban fuertemente influenciados por el marco de la Guerra Fría. Todos coincidían en colocar al enemigo interno como una especie de subproducto de un enemigo mayor que operaba a escala global, ya sea el imperialismo yanqui, la sinarquía de Estados Unidos y la U.R.S.S. o la subversión del comunismo internacional. Los enemigos internos eran, al mismo tiempo, entendidos como enemigos externos, al responder a ideologías e intereses de sus referentes foráneos. Las posturas analizadas en este trabajo revelan con frecuencia, en su análisis de los actores, la infravaloración de las prácticas y discursos tributarios de la cultura política local. El tema de la dependencia externa de los enemigos internos no era una novedad en la cultura política, sino que era ya toda una tradición en la Argentina. Ya en la decisiva confrontación política de 1945, el peronismo era caracterizado por sus opositores como “fascismo”, mientras que la Unión Democrática, a su vez, era relacionada con el imperialismo estadounidense y la figura del embajador Spruille Braden. Estas características, la condición interna del enemigo, por un lado, y sus objetivos e intereses “ocultos” que responden a elementos externos, por el otro, volvía a los enemigos más odiosos e indeseables, y les privaba de una buena cuota del “honor” reservado para aquellos enemigos internos “clásicos” que tenían por objetivo, a fin de cuentas, el bien de la nación o para aquellos enemigos externos, que no apuntaban al bien de la nación, pero que al menos no estaban infiltrados en ella y operaban siguiendo las “reglas del juego”. Estas operaciones argumentales de “externalización” del enemigo interno o “internalización” del enemigo externo intentaban conectar los problemas domésticos con el conflicto global Este-Oeste que, desde uno u otro lado, arremetía contra la “Patria Socialista”, la “Patria Peronista” o el “Occidente Cristiano”.

En relación a los actores políticos y sociales relevantes, hay otros dos aspectos que también llaman la atención. Primeramente, la exageración en términos materiales de las capacidades político-militares de la guerrilla en la Argentina. Las exageraciones desembocaron en drásticas conclusiones

que entendían a la guerrilla como un enemigo cuya derrota sólo podía darse con su aniquilamiento, ya que una victoria parcial tan solo resultaría en el repliegue, reorganización y posterior contraataque por parte del enemigo. En sus últimos informes oficiales, la dictadura iniciada en 1976 hablaba de la presencia de 15.000 guerrilleros combatientes y 25.000 simpatizantes⁴³. Lamentablemente, estas estimaciones erróneas han sido pregonadas también por el propio bando guerrillero con cierta intención propagandística y triunfalista. Es alarmante, en este sentido, la total orfandad de evidencia cuantitativa que continúan teniendo las tesis de una guerrilla dirigida en lo externo cuyo inminente proyecto de dictadura socialista en la Argentina se habría llevado a cabo de no ser por la respuesta de las Fuerzas Armadas en 1976. Estas audaces hipótesis, para ser tenidas en cuenta por la historiografía sensata, necesariamente deberían ser acompañadas de datos fiables en cuanto a la cantidad y calidad de los recursos materiales de la guerrilla, tanto propios como provenientes del exterior, la cantidad de recursos humanos disponibles, etc.

El segundo aspecto llamativo es la nebulosidad e imprecisión con la que se ha definido al enemigo. El peronismo revolucionario establecía una tajante división entre Pueblo y Régimen. La simplista visión de la sociedad dividida en dos bloques homogéneos que se oponen (opresores y oprimidos) pudo haber sido una operación deliberada, con el objeto de dividir las aguas e impulsar a la toma de posición para profundizar y acelerar la contienda (Ollier, 1986:30-31). Los Montoneros entendían a un enemigo del pueblo numéricamente reducido, la alianza imperio-oligarquía-FF.AA., pero hay también un espacio enemigo definido con menos claridad, y que parte del propio grupo de la Nación: los colaboradores (burocracia sindical, clases medias). Es posible que buena parte del peronismo revolucionario haya considerado la sola negación de participar del proyecto de la Patria Socialista como elemento característico del “integracionismo” Dentro de la contradicción Régimen-Pueblo no está claro, finalmente, el lugar que ocuparían ciertos actores como partidos políticos no peronistas.

La derecha peronista tampoco fue precisa en su descripción de la Tendencia, pues no había en su análisis una distinción clara entre la guerrilla marxista y peronista, por un lado, ni entre la guerrilla y organizaciones políticas de la juventud peronista, por el otro. Pero no hay fuentes que

⁴³ Esta cifra fue anunciada en el “Informe Final”, documental de cuarenta y cinco minutos televisado en abril de 1983. Emilio Mignone, decano de los grupos argentinos de derechos humanos, objetó que “si en la Argentina había 15.000 guerrilleros, en la actualidad las Fuerzas Armadas argentinas no existirían, dada la ineptitud que demostraran durante la guerra de Malvinas” [En: ANDERSEN, 1993:354]

demuestren un accionar conjunto del E.R.P. y Montoneros, por ejemplo, tal y como lo describe el peronismo de derecha.

La utilización del vocablo “subversión” por parte del conservadurismo resulta ser tan arbitraria y abarcadora que puede tornarse en punto de confluencia de los más variados temores y odios del conservadurismo reaccionario: comunistas, liberales, judíos, el peronismo en todas sus variables, la iglesia progresista, la homosexualidad, la democracia, el activismo estudiantil, etc.

Al concebir, basándose en una concepción de “guerra” como telón de fondo, a un enemigo tan ambiguamente definido necesariamente será también difuso el criterio para aplicar la punición correspondiente. Brilla por su ausencia en las fuentes consultadas el más mínimo intento de jerarquizar los crímenes de la “subversión” y de atribuirles, en consonancia con su gravedad, la sanción penal oportuna. Por el contrario, se opta por asignar el mismo escarmiento a toda la gama de personalidades encuadradas bajo el rótulo de “subversivo”. Abundaban también las concepciones amplias y dilatadas de las actividades entendidas como “violencia del enemigo”: mientras que para las organizaciones armadas ser dueño de una fábrica podía ser “violencia”, los militares podían descubrir la violencia en el simple disenso con la autoridad que representaba el “orden natural”.

Respecto a la segunda de las hipótesis mencionadas en la introducción, queda clara la importancia que los actores atribuyeron a las crisis desencadenadas en la Argentina a partir de la caída del gobierno peronista en 1955. Todos los autores conservadores consultados, al reducir la problemática de los conflictos estructurales básicos a cuestiones circunscriptas a los ámbitos culturales e ideológicos, pecan de pasar por alto la compleja y prolongada crisis económica e institucional que vivía la Argentina desde 1930, caracterizada por la relativización del crecimiento económico que se había iniciado al introducirse la Argentina en el mercado mundial y la inestabilidad política dada por los continuos golpes militares (1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976). La combinación de estos elementos hacía poco menos que imposible sentar las bases de un orden político estable (Quiroga, 1985:23-24). Esta problemática adquiere otro elemento que la complejiza aún más a partir de 1955: la proscripción política que el peronismo, partido mayoritario, sufriría a partir de entonces por 18 años, confirmando la imposibilidad de crear un espacio político legal.

Si bien en general los autores conservadores han pasado cómodamente por alto la engorrosa tarea intelectual de interrogarse por la problemática de la legitimidad de la dictadura de la “Revolución Argentina” (1966-1973)⁴⁴, etapa en la que salen a la luz las principales organizaciones armadas, llaman la atención las afirmaciones del General Díaz Bessone cuando escribe que el terrorismo no es consecuencia del gobierno militar debido a que el fenómeno continuó, aún con mayor intensidad, luego de la victoria electoral de Cámpora en 1973 (Díaz Bessone, 1988:14). Si bien es posible afirmar que las organizaciones armadas pierden un amplio margen de legitimidad a partir de la instauración de un régimen democrático, pasando de ser guerrilleras a terroristas (Ollier, 1986:74-75), es demasiado audaz desvincular el origen de la violencia organizada a la proscripción política sólo porque las organizaciones guerrilleras no se desarticulaban con la misma rapidez que el régimen militar de 1966-1973. Es necesario, en este sentido, diferenciar el análisis de la aparición de los partidos armados antes de hacer una lectura de su posterior expansión.

Quedan desechadas en este análisis las explicaciones de la violencia organizada en la Argentina basadas en la existencia de una guerra real librada en los años setenta. Estas interpretaciones han estado de alguna manera presentes en las tres ideologías desarrolladas, aunque ha sido la postura conservadora la que más atención y desarrollo le ha brindado. Si bien es indudable la existencia de una situación de violencia y anormalidad política, social e institucional en el período analizado, la utilización del concepto de guerra parece ser claramente forzado para el estudio de la violencia organizada en la Argentina, tanto desde el punto de vista conceptual, como desde su escaso refuerzo por parte de la documentación disponible. En primer lugar, ninguna de las condiciones básicas que los teóricos de la guerra consideran necesarias para aplicar dicha calificación parecen estar presentes en el caso argentino, a saber: control territorial por parte de los bandos contendientes, ejércitos profesionalizados, y la fragmentación mayoritaria de la población en su alineamiento con alguna de las fracciones en pugna (Feierstein, 2009:21). En definitiva no existía ningún tipo de paridad entre las Fuerzas Armadas, que disponían de la totalidad del aparato coercitivo del Estado, y las organizaciones guerrilleras, que en ningún lugar lograron verdadero control territorial sostenido en el tiempo, que estaban compuestas de cuadros político-militares no profesionalizados, que carecían de real capacidad destructiva dado lo rudimentario de sus recursos armamentísticos, que se encontraban en una situación crítica ya en los momentos previos al golpe de

⁴⁴ Es muy llamativo que Gustavo Landívar utilice comillas en el concepto de “dictadura” para referirse al período 1966-1973 [LANDÍVAR, 1980:82]

1976, y que, finalmente, se encontraron huérfanas en todo momento del apoyo social necesario para llevar a cabo el estridente proyecto político que tan ruidosamente predicaban.

Tampoco es suficiente el aval documental a las afirmaciones relativas a la existencia de una guerra. Si bien tanto Díaz Araujo como Díaz Bessone, con el objeto de justificar la existencia de una verdadera situación de guerra, han citado a numerosas fuentes provenientes de las organizaciones armadas que relataban manifiestamente el inicio o desarrollo de una “guerra revolucionaria” o “guerra prolongada”, las mismas no alcanzan para demostrar la existencia real de tal situación, ya que tienen un carácter claramente retórico y propagandístico (Díaz Araujo, 2005:50-60). Era muy común que el E.R.P., Montoneros y demás organizaciones similares expresaran de forma grandilocuente en sus comunicados y órganos de prensa tergiversaciones y exageraciones cualitativas o cuantitativas con el objeto de mantener una imagen pública fuerte que no se correspondía con la realidad. Y, por otro lado, existe evidencia que describe cómo las Fuerzas Armadas contribuían a magnificar el potencial bélico guerrillero utilizando metodologías tales como asesinatos que, cometidos por militares, eran oficialmente atribuidos a la guerrilla o “batallas” inventadas a través de montajes escenográficos para impresionar a la opinión pública (Andersen, 2000:19).

Durante las décadas de 1980 y 1990, muchas tesis del conservadurismo y de la “guerra revolucionaria” fueron cayendo notablemente en descrédito. Los indicadores más importantes de esta tendencia fueron la derrota militar de la guerrilla, la deslegitimización del Proceso de Reorganización Nacional dada la cuestión de la deuda externa, las numerosas denuncias por violaciones a los Derechos Humanos y el fracaso de las Fuerzas Armadas en el episodio bélico de Malvinas y, finalmente, la desaparición, con la caída del bloque socialista, de la amenaza comunista como un enemigo creíble.

Desde 1983, la afirmación de la democracia ha arremetido en contra de un conjunto de rasgos tradicionales en nuestra cultura política, tales como el autoritarismo, la exaltación de la homogeneidad cultural e ideológica, la intransigencia y el faccionalismo. Afortunadamente, a casi treinta años del retorno de la democracia, el lento proceso de “desarme” ideológico parece estar consolidándose a favor de un consenso de tolerancia básica entre algunos de los actores más importantes del entorno político argentino. El peronismo, tras su primera derrota en 1983 en elecciones verdaderamente democráticas, ha operado una profunda transformación en su

organización, en su discursividad y en sus prácticas. Uno de los cambios más notables, es que la mayor parte del peronismo dejado de suponer que su oposición está integrada exclusivamente por minorías oligárquicas extranjerizantes. El resto de la oferta política parece, en buena parte, haber dejado de soñar con una Argentina sin peronismo, entendiendo que la experiencia histórica de 1945-1955 no puede ser borrada de la sociedad a simple capricho y dejando desactualizada aquella famosa afirmación de John W. Cooke de que el peronismo era “el hecho maldito del país burgués”. La Iglesia, en general, se ha colocado fuera del centro del juego político, limitándose a cuidar de sus intereses específicos. Las Fuerzas Armadas, luego de algunas rebeliones alarmantes después de la última dictadura, han dejado de verse a sí mismas (y de ser vistas) como un actor activo de la política cuya misión histórica sería la de derrocar gobiernos constitucionales que, a su juicio, den muestras de incapacidad. Algunos elementos castrenses incluso han expuesto versiones críticas de su accionar durante los años de la “guerra sucia” (Romero, 2007:59). Estos elementos, en la medida en que se puedan afirmar en la cultura política, favorecerán el lento proceso en marcha de la consolidación de la experiencia democrática argentina.

BIBLIOGRAFÍA Y *FUENTES:

- Andersen, Martin E. “Dossier secreto. El mito de la ‘guerra sucia’ en la Argentina”. Bs.As., Planeta, 1993.
- Andersen, Martin E. “Dossier secreto. El mito de la ‘guerra sucia’ en la Argentina” (versión revisada y ampliada). Bs.As., Sudamericana, 2000.
- *Baschetti, Roberto (Compilador): “Documentos de la resistencia peronista 1955-1970”, Bs.As., Puntosur, 1988.
- *Baschetti, Roberto (Compilador): “Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular”, Bs. As., De la campana, 2004.
- *Baschetti, Roberto (Compilador): “Documentos 1973-1976. Vol.1 De Cámpora a la ruptura”, Bs.As., De la campana, 1996.
- *Baschetti, Roberto (Compilador): “Documentos 1973-1976 Vol.2 De la ruptura al golpe”, Bs.As., De la campana, 1999.
- Besoky, Juan L. “La revista El Caudillo de la Tercera Posición”. *Conflicto Social*, Año 3, N°3, 2010. 7-28. Disponible en: <http://webiigg sociales.uba.ar/conflictosocial/revista/>
- Buchrucker, Cristian. “Las derechas en el ascenso y caída de la segunda guerra fría”. Mendoza, EDIUNC, 1991.
- Buchrucker, Cristian y otros: “Glosario para el estudio de la historia contemporánea. Una aproximación analítica y comparativa”, Mendoza, EDIUNC, 2010.
- Cockroft, James D.: “América Latina y Estados Unidos”, Mexico, Siglo XXI, 2001.
- *Concatti, Rolando: “Testimonio cristiano y resistencia en las dictaduras argentinas”, Mendoza, Centro Nueva Tierra/ Iglesia Bautista/FEC, 2009.
- *Díaz Araujo, Enrique. “Internacionalismo salvaje”. Mendoza, Eds. La rosa blanca, 2005.

- *Díaz Araujo, Enrique. “La rebelión de la nada o los ideólogos de la subversión cultural”. Bs.As., Cruz y Fierro Eds., 1983.
- *Díaz Bessone, Ramón G.: “Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)”, Bs.As., Círculo Militar, 1988.
- *Duhalde, Eduardo L. y Pérez, Eduardo M.: “De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base”, Bs.As., De la campana, 2003.
- Feierstein, Daniel. “Guerra, genocidio, violencia política y sistema concentracionario en América Latina”. *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*. Comp. Daniel Feierstein. Bs. As., Prometeo Libros, 2009. 9-32.
- *Funes, Carlos: “Perón y la ‘guerra sucia’”, Bs.As., Catálogos, 1996.
- Gillespie, Richard: “Soldados de Perón: historia crítica sobre los Montoneros”, Bs. As., Sudamericana, 2008.
- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel: “La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)”. Bs.As., CEAL, 1984.
- *Jauretche, Ernesto: “Violencia y política en los 70. No dejés que te la cuenten”, Bs.As., Eds. Del Pensamiento Nacional, 1997.
- Ladeuix, Juan I. “La mazorca de Perón: prácticas e ideologías de la derecha peronista. Una aproximación a partir de un estudio de caso. Mar del Plata 1970-1976”. *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Rosario, 2005.
- Ladeuix, Juan I. “El General frente a la Sinarquía. El discurso de Carlos Disandro en la formación de la Concentración Nacionalista Universitaria y su impacto en el peronismo”. *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Tucumán, 2007.
- *Landívar, Gustavo. “La universidad de la violencia”. Bs.As., Depalma, 1980.
- *Lanusse, Alejandro A.: “Mi testimonio”, Bs.As., Laserre Ed., 1977.

- *Leoni Houssay, Luis A.: “La conexión internacional del terrorismo”, Bs.As., Depalma, 1980.
- *Meinvielle, Julio R.: “Concepción católica de la política; Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo; El comunismo en la Argentina”, Bs. As, Ediciones Dictio, 1974.
- *Miguens, José E.: “Los neofascismos en la Argentina”, Bs.As., Editorial de Belgrano, 1983.
- Moniz Bandeira, Luiz A.: “La formación del Imperio Americano”, Bs.As., Norma 2007.
- Morresi, Sergio: “Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en la Argentina (1955-1983)”. *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*. Comp. Ernesto Bohoslavsky. Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2011. Disponible en:
http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/las_derechas/
- Ollier, María: “El fenómeno insurreccional y la cultura política” (1969-1973), Bs.As., CEAL, 1986.
- Quiroga, Hugo: “Estado, crisis económica y poder militar (1880-1991)”, Bs.As., CEAL, 1985.
- Ranalletti, Mario. “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de Estado (1955-1976)”. *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*. Comp. Daniel Feierstein. Bs. As., Prometeo Libros, 2009. 249-280.
- Rock, David. “La Argentina autoritaria. Los nacionalismos, su historia y su influencia en la vida pública”, Bs.As., Ariel, 1993.
- Romero, Luis A. “La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión” *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Anne Pérotin-Dumon (directora), Edición electrónica, 2007. Disponible en: <http://www.historizarelpasadovivo.cl/>
- Vicens, Luis: “Loperreguismo y justicialismo”, Bs. As., El Cid Editor, 1983.

